



La danza del cautivo. Figuras nivaclé de la ocupación del Chaco

Pablo Barbosa, Nicolas Richard

► To cite this version:

Pablo Barbosa, Nicolas Richard. La danza del cautivo. Figuras nivaclé de la ocupación del Chaco. I. Combès, L. Capdevila, N. Richard, P. Barbosa. Los hombres transparentes. Una visión de la guerra del Chaco desde las Tierras bajas., ILAMIS, pp. 121-177, 2010, Scripta Autochtona. halshs-00947997

HAL Id: halshs-00947997

<https://shs.hal.science/halshs-00947997>

Submitted on 16 Jun 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

CAPÍTULO 4

La danza del cautivo.

Figuras nivaclés de la ocupación del Chaco

Las circunstancias que rodean la ocupación militar y civil del ámbito nivaclé nos son más o menos conocidas. A principios del siglo XX, el frente de colonización y el ejército de línea argentinos ocupan progresivamente la banda del río Pilcomayo, sometiendo a las poblaciones indígenas una presión creciente. La “línea” pone por primera vez en contacto directo y permanente con el frente colono a los distintos grupos que poblaban la zona, en particular a los distintos cacicazgos nivaclés que se distribuían sobre la banda norte del río, hacia el Chaco boreal. En 1912, el ejército boliviano funda el fortín Esteros, última posición de un dispositivo todavía incipiente que debía asegurar las pretensiones bolivianas sobre el curso medio del Pilcomayo. A partir de 1923, fecha de la fundación del fortín Muñoz, la presencia militar boliviana en la zona se hace más masiva y el ejército emprende la construcción de las rutas y la fundación de los fortines que constituirán, diez años más tarde, el teatro de la guerra del Chaco. Dichos fortines –Muñoz, Saavedra, Cuatro Vientos, Alihuatá, Tinfunqué, Sorpresa, etc.– son construidos sobre o en medio de los principales campamentos nivaclés, configurándose así una campaña militar de ocupación de sus territorios que constituirá uno de los momentos más difíciles y densos en la relación entre esas poblaciones y los ejércitos nacionales. A pedido del gobierno boliviano, se crea en 1925 la Prefectura Apostólica del Pilcomayo cuya primera misión, San José de Esteros, se funda ese mismo año en las inmediaciones del fortín Esteros con el fin de pacificar y reducir a los

grupos nivaclés. Tras el incidente “Rojas Silva”, a partir de 1928, el ejército paraguayo despliega con igual tenacidad una línea de fortines paralela y enfrentada a la boliviana, corriendo como ésta desde los Esteros de Patiño, sobre el Pilcomayo, hacia el interior del Chaco, en dirección de las colonias menonitas. Al momento de la guerra, los grupos nivaclés se encuentran así bajo la presión cruzada de la gendarmería argentina, que custodia la línea sobre el Pilcomayo, del ejército boliviano, que despliega sobre la zona el grueso de sus efectivos, y del ejército paraguayo, que se afirma sobre la línea de fortines Boquerón-Nanawa-Caballero. Hacia 1940, tras la guerra, el grueso de la población nivaclé ha sido reducida y se concentra en las misiones de San José de Esteros y de San Leonardo de Escalante (fundada en 1927). El resto de la población ha migrado hacia los centros urbanos (Asunción, Filadelfia, Tartagal), o se ha integrado en la masa sub-proletaria que se agolpa en los barracones de los ingenios azucareros, o, por último, se ha fundido en las aldeas y reservas de otros grupos indígenas – makás y enlhet en Paraguay, wichís y pilagás en Argentina.

Mucho menos conocidas nos son en cambio la dinámica y la mecánica de esa transformación. Es decir que si percibimos las condiciones iniciales –los distintos grupos nivaclés (o “chulupés”) que poblaban la banda del Pilcomayo – y conocemos también las condiciones terminales –esas mismas poblaciones reducidas en las misiones oblatas del Pilcomayo–, poco es lo que sabemos sobre el modo en el que se pasa de la una a la otra. Por un lado, como veremos enseguida, son pocos los trabajos que se han ocupado de registrar y trabajar con fuentes indígenas, de modo que no disponemos de un corpus sistemático susceptible de restituir la dimensión indígena del proceso. O, lo que es lo mismo, sólo disponemos de una “historia vacía”, no sólo escrita unilateralmente desde los archivos que produce el proceso de colonización, sino también, en ausencia de un punto de vista indígena, carente de sujeto y de tensión narrativa: los ojos del historiador abarcan el vasto frente de colonización, el avance de los ejércitos sobre el Chaco, o bien la entrada misional a la región, sin poder darles algún nudo en particular, algún punto de densidad, un ángulo o una perspectiva desde la que

escapar a una monótona descripción “en bloque” –dicha de “geo-historia regional”– de procesos que se agitan sobre un vacío, sobre el “desierto”, sobre un “Chaco” indistinto poblado de “tribus” con nombres raros y abigarrados. Como si de tanto hablar del “desierto”, hubiesen terminado por producirlo en sus propios libros: vasta estepa monótona y despoblada.

El problema que nos habíamos trazado inicialmente era el de analizar, en los distintos momentos del proceso de ocupación de la zona, la cuestión de las mediaciones. Es decir, el problema de las distintas instancias, actores y lógicas que articularon, en cada caso y para cada momento, la relación entre los grupos nivacés y los principales actores del proceso de colonización –colonos, “criollos”, militares y misioneros. Se trataba de trazar una arqueología de esas mediaciones, mostrando cómo se organizan, evolucionan y se transforman en el período de tiempo concernido. Nos parece que se trata de un problema central para comprender, primero, cómo fueron transformándose las lógicas de articulación social al interior del espacio nivacé; segundo, las notas específicas que en este contexto adopta la cuestión indígena en la guerra del Chaco; y por último, y quizás lo más importante, cómo vino a constituirse –en torno a qué gentes, mediante qué prácticas, según qué lógicas– el vínculo entre esas poblaciones y los estados nacionales tras la guerra. En efecto, que se trate del avance criollo que precede al despliegue militar, o de ese despliegue en sí mismo, las relaciones con el mundo indígena alternan entre momentos de estabilidad y de inestabilidad, entre formas más o menos normalizadas de mediación y otras, inéditas, que emergen sobre la marcha y que van intentando domesticar, amansar, pacificar la violencia estructural introducida por la ocupación y colonización de esas tierras. En la medida en que avanzamos en el análisis, nos fue apareciendo que una de las formas preeminentes en torno a las que se organiza esa mediación es la figura del cautivo: *lhankumed*.

Como se sabe, la práctica del cautiverio –pero el término es discutible– era cuestión común en el Chaco. Hay una abundante bibliografía al respecto, que se trate de la etnogénesis chiriguana por avasallamiento del

sustrato chané arawak, o de la “dulce esclavitud” que, en términos de Azara, unía a los poblados chanás y las capitanías guaycurúes en el Alto Paraguay²⁰⁰. No vamos a entrar aquí en detalles sobre esta cuestión²⁰¹. Pero sí es importante insistir sobre la heterogeneidad de formas que se esconden bajo el término demasiado unánime de “cautivo”. La cautividad se halla íntimamente asociada al problema de la guerra y varía según la naturaleza y mecánica de ésta. A diferencia del Alto Paraguay o del margen andino del Chaco, ésta adopta en el “sistema Pilcomayo” una forma circular o recursiva: las distintas fuerzas son relativamente simétricas y su ejercicio participa de un ciclo. Como en otras formas de “guerra circular” –la del mundo guaraní o la del ámbito jíbaro por ejemplo– ésta termina siempre secretando o sublimándose en la circulación de un objeto denso –las “cabezas reducidas”, la circulación de huesos– que se halla en este caso constituido por el escalpe, suerte de “cautiverio” del alma de la víctima. El “cautivo” y el “escalpe” son mecanismos normales de mediación, de densificación, de simbolización y entonces de contención y domesticación de una violencia “vecinal” más o menos permanente. ¿Qué pasa entonces con estas formas de mediación o de circulación intergrupal cuando el vecino no es más aquel cacique pilagá, sino el criollo recién instalado o el fortín militar que prepara la guerra del Chaco?

Las fuentes indígenas disponibles para tratar del período de la ocupación no son muchas. Los misioneros oblatos presentes en Escalante y Esteros emprendieron en las décadas que siguieron a la guerra un primer e incipiente trabajo de compilación y transcripción²⁰². Más recientemente, M. Fritz publicó una serie de estudios²⁰³ que constituyen lo más completo y sistemático del corpus oblato sobre la cuestión indígena en la guerra, particularmente orientado al problema de las fundaciones misionales en el Pilcomayo. Desde fines de los años 1970, varios

²⁰⁰ Combès y Saignes 1991 ; Azara 2009 [1809] ; Santos-Granero 2009.

²⁰¹ Para la cuestión del cautiverio en el Alto Paraguay, remitimos a Richard 2008a y 2008b.

²⁰² Fischeat 1989, Seelwische 1990.

²⁰³ Fritz 1997, 2000 y 2008.

antropólogos se interesaron en la cuestión. M. Chase-Sardi registró una serie de relatos nivaclés sobre la guerra, sobre los que trabajó en el marco de su “monografía nivaclé”, sin darles un tratamiento o problematización específica, pero que constituyen sin embargo lo más completo e informado de que se dispone a la fecha²⁰⁴. P. Clastres, que circuló por la zona en los años 1960, publicó también algunos relatos nivaclés sobre este período²⁰⁵, y A. Métraux, que visitó recurrentemente la zona desde el momento mismo de la guerra, publicó, aunque de modo no sistemático, algunos elementos de interés (1978 [1939]). A esta serie de fuentes disponibles, debe agregarse un conjunto de trabajos que vino recientemente a problematizar el expediente, aportando información contextual y nuevos argumentos sobre la cuestión²⁰⁶. Asimismo, el amplio corpus militar que produjo la guerra —archivos, memorias, diarios de campaña, etc.— contiene, como veremos, reiteradísimas e importantes menciones a la “cuestión chulupí”, pero no hay, hasta donde alcanzan nuestras investigaciones, transcripción o restitución alguna del punto de vista indígena sobre el acontecimiento²⁰⁷. De modo que en términos generales, el corpus nivaclé sobre la guerra se reduce actualmente a un conjunto relativamente reducido de relatos, publicado de modo fragmentario y no sistemático en las distintas monografías que misioneros y antropólogos dedicaron a este grupo indígena.

Para el presente estudio, además de las fuentes señaladas, nos hemos basado sobre los resultados preliminares de una investigación en curso²⁰⁸. Se trata de una serie de registros realizados en las comunidades nivaclés de San Leonardo Escalante, San José de Esteros, Pablo Stahl y Media Luna para el año 2008, y Yishinashat, Cain o Clim, Ujhe

²⁰⁴ Chase-Sardi 1983 y 2003.

²⁰⁵ Pierre Clastres: “Le malheur du guerrier sauvage”, en Clastres 1974 ; Clastres 2003 [1992].

²⁰⁶ Siffredi 2001 y s/f; Córdoba y Braunstein 2008; Richard 2007 y 2009. Capdevila y Richard 2009.

²⁰⁷ Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932; Moscoso 1939; Barreto 1969; Bejarano 1983.

²⁰⁸ Proyecto “Les indiens dans la guerre du Chaco (1932-35)”, financiado por la Agencia Nacional de Investigación de Francia y llevado a cabo por el CERHIO, Centre de Recherches Historiques sur l’Ouest, Universidad de Rennes, CNRS UMR 6258.

Lhavos, Mistolar y P. Peña para el año 2009²⁰⁹. De estos últimos registros no poseemos aún una transcripción final y sistemática, de modo que nos concentramos por ahora sobre la primera serie de relatos, compilada en 2008²¹⁰. Una de las consecuencias de esta opción, es que las fuentes retenidas conciernen exclusivamente a los grupos nivaclés de la zona de Esteros y que el análisis resultante no es extensivo hacia los otros núcleos de poblamiento nivaclé, en particular, y para el caso de la guerra: los que se ubicaban en las cercanías del antiguo sistema de fortines Guachalla, Ballivián y Linares; los que se situaban en el sistema de fortines Sorpresa-Tinfunqué-Saavedra; y, por último, los que estaban a proximidad del sistema Fernández-Bolívar-Camacho.

Hemos organizado la exposición en función de dos relatos principales que se refieren a dos momentos distintos y sucesivos del proceso de colonización de la zona. El primero de ellos, “Historia de Patrón y Santiago”, permite abordar las relaciones entre los grupos nivaclés y el frente de colonización que avanza sobre la banda del Pilcomayo desde fines del siglo XIX. El segundo, “Historia del Sargento Tarija”, trata de las relaciones entre el espacio indígena y los ejércitos nacionales al momento de la guerra. Cada uno de estos relatos sirve como un eje sobre el cual hemos agrupado otro conjunto de historias o relatos secundarios, fragmentos de entrevistas y fuentes de archivos. En su conjunto, permiten hacerse una idea del proceso de colonización de la zona, desde el punto de vista indígena, desde el avance inicial del frente colono en las décadas que preceden la guerra hasta el masivo despliegue militar al momento de la guerra. No pretendemos aquí en ningún caso proponer una lectura exhaustiva del problema, sino abrir pistas de trabajo y reflexión sobre un expediente aún en curso de construcción.

²⁰⁹ Barbosa, Hernández y Richard 2008; Barbosa y Richard 2009.

²¹⁰ Una publicación sistemática de estas fuentes –en formato escrito y audiovisual– está prevista para fines de 2010.

Historia de Santiago y Patrón

Incidente inicial y coordenadas generales de la historia

Pueden situarse en términos generales las coordenadas geográficas y cronológicas de la historia. Se desarrolla sobre la banda norte del Pilcomayo, aguas arriba del Navagán, en una zona próxima a la actual “La Verde”, más o menos en frente al futuro poblado argentino de Cambio Salazar. Se trata entonces de las posiciones de vanguardia del frente de colonización que en esos años avanza sobre el Pilcomayo. Se trata también, como veremos más adelante, de las lindes del gran cacicazgo de Tofaai que se extendía, sobre el Pilcomayo, aproximadamente desde el Navagán hasta el fortín boliviano de Linares. Cronológicamente, los hechos relatados transcurren en un tiempo anterior a la intensificación de la presencia militar boliviana en la zona (1923, fundación de Muñoz), pero posterior a la implantación de los fortines argentinos sobre el Pilcomayo y la ola de colonización criolla de la zona. En este sentido, el hecho de que los principales personajes del relato (Tofaai, Rivas, Yacutché) reaparezcan en otros episodios más tardíos y contemporáneos a la guerra del Chaco permite situar aproximadamente la historia en algún momento de la década que va de 1915 a 1925.

Podemos asimismo caracterizar en términos generales a los actores “blancos” de la historia. Todas las versiones concuerdan en señalar que no se trata de militares sino de civiles, de unos “pobladores” recientemente instalado en la zona. La historia reconoce dos personajes, “Patrón” y “Santiago”. Invariablemente, Santiago es una figura subordinada que funge como capataz o ayudante de Patrón. Aunque en alguna versión Patrón es un argentino (Ceballos, 28/07/08²¹¹), en general se le identifica como boliviano (Sánchez, 22/08/08, Mendoza, 20/08/08 y González, 25/07/08). Santiago es en cambio unánimemente identificado como un criollo argentino. Esta indeterminación aparente refleja bien la composición del frente colono que avanza sobre el Pilcomayo, fundamentalmente constituido por familias venidas del piedemonte andino,

²¹¹ Remitimos a la “tabla de entrevistas realizadas entre los nivaclés”, al fin de este volumen.

argentino y boliviano. Y si bien en alguna de las versiones Patrón se desliza hacía un balbuceante “Ramón” (Ceballos, 28/07/08), la indefinición en el nombre propio de Patrón sirve para reforzar el carácter paradigmático de la escena. Queda por explicar la obstinación unánime con la que el nombre Santiago cruza las distintas versiones (Ceballos, 28/07/08, Sánchez, 22/08/08 y Mendoza : 20/08/08).

Del mismo modo, es posible hacerse una idea relativamente coherente del tipo de asentamiento en cuestión. Patrón, y este detalle resultará más tarde fundamental, se ha instalado junto a su familia: *“mucha familia dice que tenía el boliviano. Tenían hijos, hijas. Son jóvenes grandes, jovencitas”* (Sánchez, 22/08/08); *“Había varias familias allá; había criaturas, mujeres, niñas, niños”* (Ceballos, 28/07/08). Se trata entonces de un poblado reducido, un rancho o caserío que se ha adelantado al frente de colonización para instalarse en “territorio indio”, empujando un poco más adentro las fronteras mañosas del criollo. Lo compone un núcleo familiar extendido, organizado en torno a la figura principal de Patrón, siempre acompañado por la única otra figura masculina que reconoce el relato, la de su segundo Santiago. Como es el caso en general, los pobladores están en relación frecuente con el fortín militar más cercano y periódicamente alguna ronda militar les rinde visita: *“solían venir soldados, de vez en cuando los soldados venían y se iban otra vez en los regimientos”* (Sánchez, 22/08/08). El lugar estaba relativamente aislado, pero estratégicamente situado: *“dice que alrededor de la casa de él hay un bañado. Ya preparó, seguramente él preparó las cosas para que el bañado entrara alrededor y nadie llegue hasta ahí. Tipo isla dice que tenía ahí”* (Sánchez, 22/08/08).

Es entonces cerca del caserío de este Patrón que tiene lugar el incidente inicial. La historia principia invariablemente por el asesinato, a manos de Patrón y Santiago, de un grupo de nivaclés, de un cacique nivaclé o de unas mujeres nivacchés²¹², según sea la versión que se siga.

²¹² Femenino de “nivaclé”.

La primera versión es la más reducida. El cacique nivaculé de una aldea cercana al caserío de Patrón es invitado a comer, luego traicionado y asesinado:

Se llamaba Tshiloco el cacique de Tifufkat. Un día el boliviano lo llamó para invitarlo al jefe de la aldea. Le invitó y le dio víveres, provistas, tabaco y inclusive faenó un animal vacuno. Pero lo había invitado para matarlo. El boliviano mató a ese cacique. Es el único que se fue. Lo mataron en la casa del boliviano. Lo invitó para que se fuera pero era para matarlo (Mendoza, 20/08/08).

Se trata de un viejo motivo presente en varios otros relatos, el de la invitación tramposa a un asado o a una comida que termina en matanza (Chase-Sardi 1983). La segunda versión es más extensa y las víctimas son un grupo de hombres y mujeres que se habría acercado demasiado a la casa de Patrón. El horror, en la narración de Pastora, viene del modo en el que Patrón envenena los pozos indios con los mismos cadáveres nivaclés:

Un día un boliviano que ellos le dicen Patrón vivía en esa zona, cerca de la aldea donde ellos vivían. Mató a los nivaclés. Ese boliviano mató a los nivaclés y los metió en un pozo, de ese pozo sacábamos agua. Ahí se lo metió a los cadáveres. Antes de meterlos al pozo, los tenía afuera. Los había atado con una tira de cuero de vaca. Dicen que ellos masticaron toda la noche y con sus dientes la iban usando. Antes que amanezca, los nivaclés cortaron eso con sus dientes y se escaparon. Pero el Patrón había criado un pájaro, que nosotros le decimos el *ka'a*. Cuando hay bañadero ese pájaro siempre grita si alguien pasa y el Patrón escuchó cuando pasaron los nivaclés. Escuchó el pájaro y mandó sus hombres a revisar donde estaban los nivaclés. Al final del bañadero había un alambrado y ahí los alcanzaron y los trajeron de vuelta. Los llevaron a un lugar donde estaba el Patrón y ahí los hicieron colgar de un árbol. Los colgaron arriba, murieron y los pusieron en el pozo (Sánchez, 22/08/08).

La tercera versión no gatilla la historia desde un incidente preciso, sino desde el estado de permanente tensión que caracteriza la relación entre los pobladores –la casa de Patrón– y las aldeas nivaclés aledañas. La

víctima es aquí *cualquier* nivaculé que se acerque demasiado al caserío criollo:

A veces las mujeres se iban a recolectar frutas silvestres. Las que encontraba ese Patrón las mataba. Nivaculé que se iba a la cacería le mataba. De repente desaparecía un nivaculé, sus familiares lo esperaban, todos en la aldea sabían cuál era el fulano que se había ido. No aparecía en la tarde y de noche ya entendían que había muerto. 'Debe haber sido ese Patrón', decían, era él quien mataba. Siempre, nivaculé, nivacché, así. Los asesinaba (Sánchez, 22/08/08).

Las versiones hacen entonces variar la identidad de la víctima sobre un eje de generalización –un cacique nivaculé, un grupo de nivaclés, cualquier nivaculé. Y como la identidad unánime del victimario es también de orden genérico –“Patrón”–, la historia adopta un valor arquetípico: restituye la *forma* de una relación y no la identidad contingente de sus términos. La historia se da así por principio el cuadro normal de relaciones entre un caserío de pobladores criollos –argentinos, bolivianos– que se ha instalado *tierra adentro* y los campamentos nivaclés aledaños.

El incidente llega a conocimiento de Tofaai. Principales rasgos del “cacicazgo” de Tofaai: el territorio, el consejo y la milicia

En el segundo acto de la historia, la noticia llega a oídos del gran cacique Tofaai, que dispone la venganza. En un primer momento se descubre el crimen. Hemos visto que éste puede revelarse como la imagen horrorosa de esos cuerpos envenenando las aguadas indias. En otra versión, el cadáver se anuncia en una bandada de cuervos sobre el horizonte: “*Tiitinaj se llama esa persona. Entonces se enojó. Vio y se enojó mucho. ‘Ahí están los cuervos,’ decía*” (Ceballos, 28/07/08). En la tercera, al fin, es la propia soberbia del Patrón, que ha dejado a la vista las armas y pertenencias de sus víctimas, la que delata el crimen:

Y las armas él ni siquiera las guardó dentro de la casa. Las puso afuera. ‘Se hacía’ el boliviano. ‘Se hacía’, decían los nivaclés. Este hombre ‘se hace’, vamos a mostrarle algún día, cualquier momento vamos hacer una venganza. El ponía afuera las armas de los que iba matando (Sánchez, 22/08/08).

Descubierto el asesinato, la noticia no tarda en llegar a oídos de Tofaai. A veces, lo es de modo directo –“*Tofaai andaba de recorrida en la zona y ya supo*” (Ceballos, 28/07/08)–; otras veces, lo es de modo indirecto y es un jefe de aldea o alguno de los “tenientes” de Tofaai quien comunica lo ocurrido : “*le avisaron a Rivas, que mandó que le avisaran a Tofaai. Se lo contaron también y mandó que se prepararan para irse a la casa del boliviano, para hacer una venganza*” (Sánchez, 22/08/08). Todas las versiones coinciden en señalar que entonces Tofaai decidió la venganza, reunió a su milicia y se dirigió hacia las aldeas centrales para someter el plan al “consejo” de los más ancianos.

Tofaai es una figura preeminente en la historia de la región. Su presencia es masiva en la narrativa nivaclé sobre la guerra²¹³, se le encuentra frecuentemente citado en las fuentes militares²¹⁴, es una figura central en la literatura sobre la fundación de las misiones de Esteros y Escalante²¹⁵, se le menciona incluso en las crónicas anglicanas del bajo Chaco (Villagra 2009) y su nombre circulará en la prensa escrita boliviana y paraguaya.

El modo en el que la noticia llega a Tofaai, las tratativas que entabla y el modo en el que prepara la venganza permiten hacerse una idea aproximada del ámbito territorial, de las entidades políticas y de la relación al frente colono que caracterizan a un “cacicazgo” nivaclé como el de Tofaai. Otros relatos permiten completar el expediente²¹⁶.

En efecto, en torno a la figura central de Tofaai van dibujándose ahora los contornos de dos entidades precisas y distintas. La primera, de carácter político, es este “consejo” al que Tofaai somete su plan y que se halla compuesto por los ancianos, jefes locales y otros “caciques” de la zona. La segunda, de carácter militar, es la “milicia” que Tofaai ha reu-

²¹³ Chase-Sardi 1983 y 2003.

²¹⁴ Por ejemplo Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²¹⁵ Fritz 1997; Durán 2001; Siffredi 2001.

²¹⁶ Ver Barbosa, Hernández y Richard 2008; Barbosa y Richard 2009.

nido y que se estructura en torno a un cuerpo de “tenientes”, que son su círculo más cercano.

Respecto de la primera, se dirá que Tofaai parlamenta constantemente con un conjunto de jefes y notables, que “*son como su consejo*” (Ceballos, 28/07/08). En buena parte de los casos, se trata de ancianos importantes, antiguos guerreros o jefes de clan, demasiado viejos como para defender las fronteras del territorio, que han venido a encontrar refugio en los campamentos del interior. De dos de estos caciques, Sapo y Tigre, se cuenta:

Durante la guerra ellos vinieran por acá, eran ancianos. Los primeros tiempos ellos pelearan, cuando eran jóvenes, contra los pilagás. Pero cuando vinieran acá ya eran ancianos. Vinieron porque tenían miedo ya por ser ancianos, no peleaban más. No tenían más fuerza para pelear (Ceballos, 15/08/08).

Es posible identificar a varios de los personajes que componen este consejo. Esto permite hacerse una idea del ámbito territorial y de las formas políticas de un cacicazgo como el de Tofaai. Entre los notables que participaban en él estaba el “cacique Sapo”, que había sido el principal de la zona de Vatse’j, al norte de General Díaz (ex-Muñoz), antes de venir a jubilarse a Fischaat:

Era un anciano cuando llegó acá. Era como uno de los consejeros. Ese anciano hablaba cuando se reunía la gente. Los nivaclés sabían que el principal era Tofaai, pero ese Sapo era uno de los grandes consejeros de la aldea de acá. Cuando habla la gente le escucha. Tiene mucha experiencia, es experto y conoce muchas cosas. Por ejemplo, él sabe lo que va a ocurrir mañana y la gente nivaclé lo escucha. Vino acá ya de viejo, ahí llegó a Fischaat (Calderón, 17/08/08).

Otro relato confirma el rol de Sapo como consejero de Tofaai. Permite también hacerse una idea de los convites en torno a los que el consejo se reunía:

Era más anciano que el Tofaai. Era gordo. Gordo y panzón. Y cuando comía los pescados estaba todo lleno de grasa. Mientras

comía se caía la grasa. Dice que así no siente frío con la grasa del pescado. Se sentaba en el suelo, así, y tenía esos hoyos en las orejas, unas orejas muy grandes. Se tomaba él solo un cántaro entero de chicha que hacían. Por eso los *pa'i* [misioneros] le nombraron Sapo (Ceballos, 15/08/08).

Conocemos a otros notables del consejo. A Sapo se le recuerda junto con dos otros ancianos, Nasitaj y Pajarito, ambos antiguos caciques de la zona de General Díaz (Calderón, 26/07/08). Estaba también un personaje importante, el “Tigre”, largamente mencionado por Métraux en sus notas de campo (1978 [1939], filmado por la expedición etnográfica sueca de 1920 (Haeger 1950 [1920], y luego fotografiado por los misioneros oblatos²¹⁷. Tigre venía de las cercanías del fortín Saavedra (Quiñones, 15/08/08). Otros notables eran “Liviano” y “Charata”, ambos de Tfuukachit (Ceballos, 17/08/08); el “Cacique Mojo”, hijo de pilagá, mandaba en la zona Utsichat, cerca de la actual Estancia Chulupí (Lezcano, 20/08/08); estaba el cacique “Amana” de Toyish y había otro, “Sánchez”, que según alguna versión es quien negocia la entrada de los nivaclés a las misiones, y que era de cerca de Fischaat (Ávalos, 22/08/08); y estaba por último, el “Mayor Díaz”, que se apersonaba a menudo en la aldea de Tofaai, pero que venía de lejos, de la zona cercana a la actual misión P. P. Peña, ex fortín Guachalla (Quiñones, 16/08/08; Ceballos, 17/08/08).

El consejo lo componían pues caciques o jefes locales que se acercaban a parlamentar en ocasión de un convite o de alguna fiesta, y otros tantos ancianos y notables que se habían ido retirando de las fronteras demasiado agitadas del territorio, para encontrar más seguridad en los campamentos interiores y mejor resguardados. Entre las distintas aldeas la comunicación era bien fluida, las visitas eran frecuentes y las “recorridas” de Tofaai mantenían activa la solidaridad política entre los distintos grupos. El ámbito de Tofaai, y todos concuerdan en esto, tenía límites bien precisos. Hacia 1925, aunaba en un mismo cuerpo político al conjunto de aldeas y campamentos situados en el eje aproximativo que va de Tinfunqué a Linares. Según algunos, las recorridas de Tofaai

²¹⁷ La fotografía tomada por los misioneros oblatos data probablemente del principio de la década de 1930, y el cacique “Tigre” aparece posando al lado de un escalpe colgado en un palo.

alcanzaban hasta el Navagán (Ceballos, 28/07/08). El centro político de ese espacio se hallaba en la zona más densamente poblada –la banda del Pilcomayo entre Muñoz y Magariños– y el diámetro del territorio podía cubrirse en tres o cuatro días de marcha.

El cacicazgo de Tofaai lindaba con otros de igual envergadura. Aguas arriba del Pilcomayo, pasando el antiguo fortín Magariños, principiaba el territorio del ya mencionado “Mayor Díaz”. Se trata también de una figura preeminente y masivamente presente en la narrativa nivaclé de las zonas de P. P. Peña (ex Guachalla) o de Mistolar (ex Linares) (Barbosa y Richard 2009). A diferencia de Tofaai, la autoridad y la legitimidad de Mayor Díaz venían menos de sus hazañas militares y un poco más de su capacidad de negociación en los ingenios azucareros de Salta, que es de donde le viene lo de “Mayor”. Al norte, acercándose a los futuros fortines bolivianos de Saavedra y de Alihuatá, comenzaba el territorio de otra figura principal, el “Sargento San Martín”, que tendrá más tarde un rol destacado en el enganche de grupos nivaclés con el ejército paraguayo (Quiñones, 15/08/08; Ceballos, 17/08/08). Estos “cacicazgos” corresponden aproximadamente a las unidades convencionalmente reconocidas en las parcialidades nivaclés: *Shichaan Lhavos* (los abajeños) los de Tofaai, *Chishamnee Lhavos* (los arribeños) los de Mayor Díaz, e *Yita’ lhavos* (los de la selva) los de San Martín (Chase-Sardi 2003: 110-111). Al menos dos otros cacicazgos equivalentes se nos escapan aquí, el que se situaba aguas abajo de Muñoz, en la “triple frontera”²¹⁸ enlhet-maká-nivaclé, y que corresponde al actual asentamiento de Novoctas, al este de General Díaz; y el que se extendía más al interior del Chaco, en torno al actual Mariscal Estigarribia (ex Camacho). De este último, hay noticias en las fuentes militares bolivianas que acompañan la fundación de fortines en la zona²¹⁹ y puede presumirse que su mayor distancia respecto del frente de colonización se

²¹⁸ Retomamos aquí la expresión usada por Hannes Kalish (com. pers.) para caracterizar la heterogeneidad cultural y social de la zona de General Díaz.

²¹⁹ Ver Barreto 1969; Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932; Moscoso 1939; y el informe de Víctor Ustárez del 10 de agosto de 1932: “El Capitán Ustárez informa sobre exploraciones a la Laguna Grande (Chuquisaca) y la sobrepasa en abril de 1932”, en Arze Quiroga 1951, vol. 1: 213-214.

traducía en una concentración más tenue del poder político y militar. Como sea, la relación entre estos distintos cacicazgos es bien fluida y es frecuente encontrar a los principales de cada uno de ellos, o a sus enviados, en los “convites” de Tofaai.

El segundo cuerpo que se va perfilando es el de la milicia de Tofaai y del conjunto de “tenientes” y “cabeceantes” que le siguen los pasos y recorren permanentemente el territorio. Conocemos a varios de estos “tenientes”. Algunos de ellos han tenido una actuación destacada y se les recuerda bien como en el caso de “Antonio”, “Rivas”, “Pajarito” o “Yacutché”; otros, como “Oscar”, “Silvestre”, “Marcelino” o “Arto Ceballos” tienen una presencia más difusa e intermitente en los relatos.

En todas las fuentes disponibles sobre estos personajes, se les reconoce por el respeto que imponían, por su belleza y por su fuerza, pero también y quizás sobre todo, por un carácter particular que resultaba de una muy densa, íntima y elaborada relación a la muerte. A Rivas, un “*cabeceante guerrero*” de nombre indígena Vococ’itah, se le describe como un hombre silencioso y fuerte —“*un hombre lindo, que daba susto*”. Cuando se preparaban para una “salida”, Rivas aparecía con la cabellera atada tras la nuca, un gran pico de tucán adornándole la cabeza —“*eso ya quiere decir que va a matar, que va para la guerra*”—, dos cinturones de balas cruzándole el pecho y una faja grande en la cintura (Sánchez, 22/08/08). De Yacutché, otro de los milicianos de Tofaai, se dice que “*había que hablarle con cuidado*”, era un hombre “*peligroso*” e introvertido, al “*que le gustaba matar. Mataba gente ese Yacutché. Cuando mataba se manchaba la cara con sangre y gritaba. Era como un loco*” (Ceballos, 27/07/08). Otro tanto puede decirse de Antonio y Pajarito (Calderón, 17/07/08).

La belleza y fuerza corporal de estos personajes era temperada por un carácter circunspecto, retraído y de una gran intensidad interior que les venía de una permanente elaboración de su vínculo a la muerte. Ese vínculo se daba por centro la cuestión de los escalpes y del conjunto de cuidados, protocolos, prescripciones y prohibiciones que les permitía gobernarlo. Cada guerrero tenía a su cuidado las cabelleras que había

arrancado: les cantaba y las aseaba, les hablaba, las soñaba, adornaban sus casas y sus lanzas²²⁰. Esa colección macabra e intimísima era el recuento de sus vidas, la *obra* del guerrero. Cuando llegaba el momento de retirarse y de jubilarse en los campamentos más interiores y protegidos, el veterano entablaba largos preparativos para organizar la despedida de sus escalpes, en una ceremonia pública y a la vez ferozmente íntima, por la que se libraba de su cuidado y de su compañía, y por la que conquistaban algo cercano a una *libertad* que marcaría sus años de vejez. El escalpe era un objeto numinoso y como tal bivalente. El “alma” de la víctima, que había sido limpiada y conjurada en un largo proceso de domesticación, podía en cualquier instante rebelarse y volverse contra su captor. De modo que exigía de éste una disciplina permanente, un difícil y cotidiano trabajo de equilibrios, de abstenciones, de concentración. Quizás tenga aquí excepcionalmente razón P. Clastres cuando argumenta, en su análisis sobre la guerra en el Pilcomayo, que los “guerreros” estaban completamente ocupados, trabajados, concentrados en el problema de la muerte y que es éste rasgo, esta fatalidad, *–le malheur du guerrier sauvage–* el que les impide un desempeño político y oratorio (Clastres 1974). En todo caso, ni Rivas, ni Antonio, ni aún menos Yacutché, ni su padre Oscar juegan un rol político relevante. Al contrario, son personajes silenciosos y de trato difícil. Es quizás en este sentido que debe interpretarse la insistencia con la que los comentaristas marcan esta diferencia:

Entonces Rivas se enteró que ese Patrón le había matado a los nivaclés. Tofaai era un gran jefe, pero el que peleaba era Rivas [...] [Rivas] era un hombre muy fuerte, muy agresivo, no era como el Tofaai. Era un guerrero. Tofaai era un *caavanklé* (Sánchez, 22/08/08).

Yacutché es callado, no hablaba mucho, siempre es serio, solamente Tofaai que siempre hablaba y ellos estaban ahí detrás de ellos (Ceballos, 27/07/08).

Se dice que Tofaai iba siempre desarmado, flanqueado por su guardia. Su círculo inmediato estaba compuesto por cinco de estos “tenientes” y

²²⁰ Ver Sterpin 1993, y para un análisis más completo Sterpin 1991.

una decena de hombres que le acompañaban en permanencia. Pero cuando se organizaba una “salida”, *“Tofaai se iba pasando por las aldeas y les iba pidiendo cinco o diez personas a cada vez, para compañía”* (Ceballos, 28/07/08). De modo que al final el contingente era significativo y, según la ocasión, podía alcanzar 50 o 60 hombres (Calderón, 26/07/08). Suficientes para caer sobre un caserío de pobladores, o sobre un grupo rival, o aún, en ocasiones y tras mucha trampa, sobre un fortín mal resguardado; pero impotente ante un contingente más macizo de soldados como el que se acantonaba en los fortines de Esteros, Muñoz o Magariños.

Hay varios aspectos que llaman la atención en el funcionamiento de esta milicia. Por ejemplo, el grado de lucidez estratégica con la que se mueve. En varias escenas relatadas, tras el asesinato de unos nivaclés en las cercanías de un fortín, la milicia se cobra venganza sobre un caserío de pobladores sito a 60 o 70 kilómetros del lugar, caserío al que pueden acercarse sin ser sospechados, pues nadie ahí tiene conocimiento de la ofensa inicial (Mendoza, 20/08/08; Ceballos, 17/08/08 y González, 26/07/08). Vengar sobre unos pobladores de B la ofensa cometida por unos militares en A es, no sólo tener una noción bien exacta de la coherencia general de ese espacio, sino jugar en una escena de actores diversos, calibrando bien la posición de cada cual, metiendo la cuña ahí donde logre desestabilizar las confianzas del contrario. Y es, también, moverse con una concepción des-individualizada y despersonalizada del enemigo; la venganza puede ejercerse en cualquier punto de un cuerpo abstracto y colectivo. Y es quizás para remarcar este carácter estratégico de las acciones que los relatos insisten en señalar que tras la arremetida contra el fortín Chávez, o tras la entrada contra el caserío de pobladores, y esto pasó a ser la *firma* de Tofaai, nadie se llevó nada, ni mujer, ni comida, ni rifle, para que quedara bien claro que no se atacaba por robo ni por interés, sino sólo para matar. Una ficha que se mueve en el gran tablero del Pilcomayo (Ceballos, 28/07/08).

Es asimismo de notar el que la milicia actuaba de modo coordinado y diferenciado, con coreografías y movimientos de conjunto bien ensayados:

Dice que el Tofaai le daba el consejo a todos los nivaclés. Cada fusil tiene 5 balas, decía, hay que agacharse siempre, pero cuando se le termina, entonces ahí recién tienen que atacar. Dice que los nivaclés siempre estaban preparados para eso, y cuando empiezan los tiroteos ya ellos todos al suelo. Hasta que se para el tiroteo y ellos atacan. Cuando empiezan a tirar otra vez ellos se bajan. Cada vez más cerca, cada vez más cerca. Cuando estaban en buena posición ya ahí también se ponen a tirar (Quiñones, 15/08/08).

Caben también pocas dudas sobre el hecho de que los milicianos de Tofaai iban bien armados. Mientras la presencia militar en el Chaco no estaba más importante, conseguían armas y munición en los ingenios salteños —como no dejan de observarlo los propios militares argentinos— y el cinturón de balas es pertrecho recurrente en la descripción de los personajes. Sin embargo, no habría que sobreestimar el rol de esas armas. En la mayor parte de los asaltos relatados, el uso de armas de munición es marginal, y el cuchillo, flecha, hacha y garrote son los elementos protagonistas. De hecho, no hay nunca o casi nunca “enfrentamiento”: la acción comienza siempre por un acercamiento mañoso, un engaño o una trampa que deja a la víctima al alcance de armas punzantes o contundentes tradicionales. Otros relatos hablan del uso de “empalizadas” y otros artefactos que les protegían del tiroteo al tiempo que obligaban a los soldados a entrar al bañado, o a rodearlos por algún lugar en el que quedaran expuestos (González, 24/07/08; Ceballos, 27/07/08).

Como veremos más adelante, una vez que el dispositivo militar paraguayo y boliviano se despliegue en la zona, la cuestión de las armas de fuego será un elemento crítico en la relación al mundo indígena. La guerra del Chaco inyectó una enorme cantidad de armas, morteros, balas y todo tipo de pertrechos en el espacio indígena²²¹. También, el hecho de

²²¹ Tras el avance del ejército paraguayo, los soldados bolivianos, frente a una derrota inminente, desertan las posiciones en un movimiento rápido y desorganizado, dejando tras ellos una cantidad significativa de material bélico que será en seguida recogidos por distintos grupos indígenas, entre ellos los nivaclés. Por su parte, Clastres apunta que a partir de esa inyección de armas, un tráfico entre distintos grupos se organiza, al punto de atestar que algunos “chulupíes” “*tenían fusiles, cambiados con los mataco contra vacas*” (2003 [1992]: 125). Este mismo tráfico existía también, como veremos, entre nivaclés y pilagás. Ver también Córdoba y Braunstein 2008.

que un buen número de indígenas se haya arranchado en los fortines o se haya alistado —generalmente de modo pasajero— en el ejército, permitirá un importante transferencia hacia el mundo indígena de técnicas, símbolos e instrumentos militares. Es quizás en este sentido que debe leerse el uso indígena de empalizadas y trincheras, las cargas coordinadas, el cuerpo a tierra y otros tantos métodos propios al ejército. Como fuera, vemos cómo, una vez más, en la gran termodinámica de las culturas, la guerra tiende a equilibrar temperaturas y a forzar simetrías. Se dice que en la guerra las formas que actúan de un lado tienden a organizar su reflejo en el otro, de modo que va rebajando diferencias, provocando equilibrios, conectando y confundiendo a los que se oponen.

Tofaai y su milicia llegan donde Patrón. Relaciones posibles. Las batallas nocturnas

Informado Tofaai de la suerte que corrieron aquellos nivaclés, se decide la venganza. Pero la acción no será ni frontal ni explícita, sino encubierta y mañosa, traicionera. Hasta el instante último del ataque, todo debe parecer normal, nada debe dejar presagiar el crimen que se prepara. Toda la belleza de esta secuencia tiene que ver con el modo en el que se organiza esa ambigüedad, como dos escenas que corren en paralelo y se dejan adivinar apenas la una en la otra. Revisemos la acción en tres de sus versiones:

Se fueron los nivaclés con mujeres y niñas. Ella era niña y dice que lloraba. Le habló su abuela para que no llore. Le dijo ‘nosotros venimos acá con tu abuelo Rivas, él le va a matar a toda esa gente, tienes que estar tranquila’. Desde muy lejos el Patrón los vio a los nivaclés al otro lado del bañado y empezó a disparar para aviso. Entonces la mujer del Patrón le dijo: ‘no hagas eso, ¿no ves que vienen con las mujeres y los niños? ¡Cuando los nivaclé llevan sus mujeres es que no es para pelear!’. Y dejó de hacer el tiroteo. Siguieron los nivaclés. Entonces el Rivas se fue en la casa del Patrón, como para llegar y conversar con él. El Patrón también quería matarle a Rivas, por eso no se separaba de él y le conversaba (Sánchez, 22/08/08).

En la segunda versión desaparecen las mujeres y los niños, pero no la impostura ni la tensión dramática, y tampoco el modo en el que ésta viene a esconderse bajo una apariencia de normalidad:

Entonces el Tofaai se acercó donde ese boliviano para saludarle. Iba con Rivas y con otra gente más, con Antonio también. Esa gente dicen que llevaba. Saludaron al Patrón y Tofaai le preguntó dónde podían quedarse, porque querían trabajarle. Estaba contento ese boliviano. Les decía: 'qué bueno que llegaste, no hay problema, vente para acá, vos sos mi amigo, podés quedarte dos o tres días, vente para acá', le decía. Pero el boliviano no estaba contento, su intención también era matar al Tofaai. Mucho tiempo que lo quería matar. Entonces le dijo, 'se van a quedar en aquel árbol. Pueden quedarse ahí a dormir sin ningún problema'. Así es que se fueron el Tofaai y su compañía, quedaron ahí en la noche (Mendoza, 20/08/08).

En la tercera versión, la escena ha cambiado por completo, pero la ambigüedad se traduce espacialmente, en la ubicación del campamento:

Cuando se reunieron todos, se fueron donde ese Patrón. Llegaron de noche y se quedaron ahí, cerca de la casa. No tan cerca, hicieron un campamento y quedaron ahí a dormir. Al ladito. Mientras se iban preparando, hacían un plan para cómo van a hacer por la mañana, cómo van a matar. Un grupo al Santiago y otro grupo al Patrón. Y estaban hablando y planeando. Por la mañana ya cortaron palos, así de esta largura, cada uno tenía que tener un palo (Ceballos, 28/07/08).

Porque se trata de fingir una normalidad es que las tres versiones terminan describiendo tres posibilidades *normales* en la relación a la casa de Patrón. En la primera, el grupo entero viene de visita, poniendo a las mujeres por garantía, a entrevistarse con el colono. En la segunda, los hombres se acercan, para ofrecerse, y se arranchan bajo el árbol grande que sombrea la entrada. Y no es sin alguna preocupación que, en la tercera, el Patrón debió escuchar ladrar a sus perros durante la larga noche que precedió a ese su último día. Estas relaciones periféricas no son estables: un incidente mínimo, un humor, una calentura del aire y se precipita la tragedia. En términos estrictos, se trata de una relación *inde-*

terminada, puesto que ninguna de las dos entidades necesita de la otra para existir y que no hay entonces vínculo orgánico, ni economía, ni deber que la obligue. Fue quizás muy frecuente que familias enteras vinieran del interior y acamparan un tiempo a la vera del caserío; en cada caso, nada permite anticipar el desenlace de la escena. Es tan posible que tras arrancharse algunos días para trabajarle a Patrón, las gentes vuelvan a los campamentos más interiores y se funden tranquilamente en la inmensidad, como lo es el que alguna cuestión irresuelta o un mal sueño vengan a envenenar los ánimos y romper la paz. Mientras los fogones indios tiñan el vastísimo horizonte y la colonización de la zona no sea cosa resuelta, esa relación seguirá siendo inestable e indeterminada.

El grupo de Tofaai ha acampado frente al caserío, o bajo el árbol de la entrada, o a algunas centenas de metros de ahí: sigue una espera tensa, un tiempo inmóvil en el que cada uno vigila al otro, cada quien desde su posición, fingiendo una normalidad que es sólo *más tiempo* para espiarse y desconfiar. Pero el bloqueo es aparente, pues en otras coordenadas la batalla ya ha comenzado, silenciosa e imperceptible, pero determinante. En alguno de los mundos que preceden a éste, la carga ya comenzó:

Ahí ya empezó la hermana de Rivas, empezó a cantar, a hacer el conjuro. Una canción para conjurarlo, para que se muera el Patrón (Sánchez, 22/08/08).

A mitad de la noche, no sé si un ruido o algo, pero el Tofaai se despertó. Y vio el alma de esos muertos que se venía y le habló para que no se venga con ellos, sino para que se vaya junto al que la mató. Hizo como si empujara esa alma para donde el boliviano y le decía 'yo no soy el que te mató' y le empujaba hacia la casa. Esa media noche, al boliviano ya le persigue esa alma que mató. Eso ya sabe el nivaculé. Que esa noche se fue a molestarlo el alma de Tshiloco y que la empujaron donde estaba el boliviano (Mendoza, 20/08/08).

Muerte de Santiago y Patrón. El guerrero y el asesino

Por la mañana el ambiente está pesado. Ha sido una noche larga. Si los sueños de Tofaai se hubiesen vuelto contra él, si no sintiese que el viento le sopla a favor, si la gran batalla nocturna le hubiese anticipado una derrota, Tofaai no dudaría en cancelar la operación: cada quien se mantendría en la impostura y todo acabaría en nada, un intercambio de favores y cortesías, soportar la broma tonta y el humor malsano del criollo, recibirle un poco de yerba o de tabaco y volverse, *como si nada*, en espera de una próxima y mejor ocasión. Pero no es el caso. Atrás, en el campamento, el conjuro de las viejas ha ido preparando el día. Y la ansiedad nocturna del boliviano es la mejor señal de que el “alma” de Tshiloco no le ha querido dejar pasar una buena noche. Esa mañana entonces, el ambiente está particularmente cargado, y un primer incidente casi precipita las cosas. Pero Rivas y el criollo prefieren atajarse el ánimo:

El Rivas tenía un mosquitero. En la madrugada había un animalito huacho que vino a morderle el mosquitero hasta que lo despertó. Entonces se levantó Rivas enojado y le dio con un palo a ese animalito para que se fuera. Iba a ser que ahí cerca estaba el dueño: ‘¡qué le estás haciendo a mi animalito!’ gritó, ‘ese está rompiendo mi mosquitero’, le respondió el Rivas. Pero se aguantó. Después que garroteó ese animal, cuando le retó el argentino, Rivas se aguantó. Y el dueño se calmó también (Mendoza, 20/08/08).

Al criollo lo ataja una sensación difusa, un cálculo intuitivo hecho de inmensidad y de aislamiento, una vaga conciencia de sus límites. Lo atajan también las horas sobrias de la mañana, porque otra cosa hubiera sido más de tarde, con el ánimo regado, cuando no hay intuición ni cálculo ni conciencia que le agarre ese racismo feroz, el desprecio de sí, toda esa porquería que se le armó dentro, cosas que se mezclan mal con el vino. En frente, a Rivas lo ataja la paciencia, la relojería precisa de un plan bien urdido. Lo ataja también, quizás, la preclara sensación de saber a ese hombre muerto, como si la impotencia se consolara en la rabia, para alimentarla, para que esté más fresca cuando toque cantarla.

A media mañana la escena ya está dispuesta. Patrón y Santiago están ocupados en asuntos corrientes –cortan lonjas de carne según una versión, se preparan para arrear, según la otra– y los de Tofaai se han repartido por el lugar: “*dicen que Tofaai se sentó bien cerca del Patrón y Rivas con el Santiago. [...] Otro estaba haciendo cosas, barría alrededor de la casa y otro estaba sentado más lejos. Y otros que estaban más atrás, escuchando, a veces entendían y a veces no entendían, como conversando*” (Mendoza, 20/08/08) Y como era época de frío, y los hombres iban de poncho, nadie en la casa pudo ver los garrotes de palo mataco que llevaban escondidos. Sólo un último detalle frenaba la carga:

Rivas esperaba a que el boliviano deje a un lado su cuchillo. Estaban haciendo unas lonjas de carne y caminaba par un lado y para otro, pero sin soltar el cuchillo. Y el Rivas iba controlando. Al rato dice que lo puso arriba de un algarrobo. Ahí alzó el cuchillo. Eso es lo que quería Rivas (Sánchez, 22/08/08).

En la segunda versión, un revólver toma el lugar del cuchillo:

Como a las siete, ocho o nueve de la mañana, ellos iban mirando, a ver cuándo iba a soltar su cinto. Toda la mañana no soltaba nunca su cinto, con revólver y todo. Pero como a las diez, se sacó el cinto el boliviano, junto con el revólver y lo alzó arriba de un árbol. Los nivaclés ya estaban controlando, lo estaban mirando (Mendoza, 20/08/08).

La escena siguiente es la de la muerte de Patrón y Santiago. A decir verdad, la escena se descompone en tres secuencias que organizan entre sí una discusión. En la primera secuencia, unánime y a su modo simple, los asaltantes golpean, destripan y escalpean a Patrón. En la segunda escena, los asaltantes escalpean a Santiago antes de ensañarse con algún peón prófugo, atrapado en el pantano “*por culpa de esas bombachas*”. En la tercera secuencia en cambio, y nos acercamos al centro del problema, ocurre algo imprevisto y horroroso, suficientemente horroroso como para que a Pastora Sánchez, que es quien relata la historia y es nieta de Rivas, se le quiebre por primera y única vez la voz: el ase-

sinato, a sangre fría, de las mujeres y de los niños que había en la casa de Patrón.

Sobre la primera secuencia, las distintas versiones son coincidentes. Apenas el colono soltó su arma y dio la espalda, Rivas se precipitó sobre él, atajándolo con los brazos, mientras los otros corrían a ayudarlo:

Les llamó a los otros nivaclés para que vengan. Muchos estaban ahí. Lo agarraba bien fuerte y vino un compañero con un hacha y lo hachó en parte [la cabeza]. Le sangraba toda la cara. Al rato vino otro y le metió un cuchillo acá [los riñones]. Después otro le metió el cuchillo por aquí [el estómago] y lo destripó todito, pero no quería morir ese boliviano. Entonces se enfureció Rivas. '¡Cómo que todavía no muere este hombre!', decía. Estaba ahí, con todas las tripas afuera. Entonces vino otro nivaclé con un palo y le remató en la cabeza. Ya murió (Sánchez, 22/08/08).

En la segunda versión los personajes varían pero la estructura se mantiene:

Entonces los atajaron. Uno gritó para que atacaran y como Tofaai estaba cerca del Patrón, ahí mismo le pegó con su palo en la cabeza. Mientras el otro, Oscar, se peleaba con el Santiago. El que estaba barriendo afuera se vino también. Otros se metieron en la casa y lo rompieron todo, mientras el Oscar seguía atajando al Santiago. Este era argentino, era el personal del boliviano, pero no podía acuchillar porque lo tenían agarrado de las manos. Forcejeaban. Se daban vueltas en el suelo, pero el argentino siempre quedaba abajo y el Oscar le tenía tomadas las manos, ni cuchillazo podía dar. Era fuerte el argentino y el Oscar se cansó. Pidió para que le ayudaran y se corrió un poco, entonces, vino uno y le metió un cuchillo al argentino. Lo mató. Había otro del personal que salió corriendo, pero estaba lleno de riachos, de esta profundidad [al pecho], y no podía correr rápido, con esa bombacha que es pesada cuando se moja. Lo alcanzaron al rato y lo mataron también (Mendoza, 20/07/08)²²².

²²² La versión de Ceballos es más lacónica pero no por tanto menos precisa: “*por la mañana hicieron como hablaron en la noche. Un grupo con el Santiago y el otro con el Patrón. Y empezaron a atacar y los mataron uno por uno*” (Ceballos, 28/07/08).

De las dos primeras secuencias decíamos que eran en algún sentido simples. La acción es inequívoca y el hecho de que no se escatimen detalles –la puñalada en el riñón, el forcejeo en el suelo, la bombacha en el pantano, etc.– dice la tranquilidad del narrador para describir unas muertes justificadas y previstas, normales. Tofaai y sus milicianos acababan de vengar la muerte del cacique Tshiloco, en una de las versiones, o del grupo de nivaclés que se pudrió en un pozo, según la otra.

El problema comienza con la secuencia siguiente, la del asesinato del resto de los habitantes del lugar, esto es, la muerte de *“la mujer y las niñas y unas criaturas”* que vivían con el boliviano. Estas muertes no eran en ningún caso necesarias, ni aún normales. Constituyen, propiamente, un exceso. *“En ese momento”*, dicen los narradores, ellos *“ya empezaron a ser como asesinos”*. La muerte de esas mujeres y niños rompe de varios modos con el canon tradicional. Al asesinarlos, esto es, al no sustraerlos para hacerlos cautivos, esa violencia se priva de un reverso sociológico fundamental. Y si, a diferencia de otros lugares del Chaco, las guerras pilcomayenses funcionan circularmente, es justamente porque el niño o la mujer cautivos sirven como reserva o eslabón del ciclo siguiente; guardan una memoria, instalan una comunicación, establecen un nexo por el cual esa violencia podrá funcionar recursivamente, armándose un ámbito e instituyéndose un límite. Si los milicianos indígenas *“pasan a ser como asesinos”* es porque esa guerra ha cambiado de naturaleza: el asesinato *cabal* de los pobladores no “deja semilla” para la pelea siguiente; no organiza vínculo, ni memoria, ni nexo, ni economía de la violencia. Esta no se da ni produce mediación alguna. Se emancipa de una función sociológica, se realiza como violencia pura y homicida. Es por ello, lo veremos enseguida, que los escalpes recogidos son ingobernables y que al guerrero, de ahí en adelante, lo persigue la locura. Volvamos al relato; en una de las versiones el problema es directamente el de una mujer que debía ser llevada como cautiva:

Y había un señor, un nivaclé que quería traer una nena, una argentina, una mujer para criar: ‘yo voy a llevar a ella para mi mujer’, decía. Y la nena también se abrazaba a él, para salvarse.

Pero los otros no estaban de acuerdo, mezquinaban mucho, decían que sino cuando sea grande ya va a contar. Ellos querían matar a todos. Pero el nivaclé la defendía a esa criatura. Hasta que se alejó un poco, para buscar agua y ahí vinieron los otros y la agarraron por la fuerza, le clavaron un cuchillo, le cortaron acá [en el estómago] y la tiraron al río (Ceballos, 28/07/08).

La historia de aquel nivaclé y de la niña que se le aferraba sólo es introducida en una de las versiones. Ese hombre –sin nombre, genérico– no se empecina solamente sobre una niña, sino sobre una época, sobre un tipo de guerra, sobre una economía de la violencia, de sus límites y de su funcionamiento, que ya no va más. A través de la niña, se aferra al sentido y al rol del cautivo, justamente porque cuando sea grande “*ya va a contar*”, justamente porque él “*va a criar*” a aquella que siempre sabrá, porque pasará años domesticando ese asesinato, amansándolo, y en el proceso lo irá pensando, apaciguando, elaborando. Cuando llegue el momento de la venganza y con ella se vuelvan a su vez cautivas las criaturas y las mujeres propias, entonces, de ida y de vuelta, en la recursividad sin fin de ese flujo, irá sedimentando y como escribiéndose sobre los sucesivos cuerpos cautivos un argumento y una conciencia, una filosofía, una ética, una cultura, una reflexión sobre la muerte y sobre la guerra; esas generaciones de cuerpos cautivos –enemigo-amante, hijo-enemigo, madre-enemiga– habilitan una mediación y dan un soporte sociológico a esa violencia y a la memoria de esa violencia.

En otra de las versiones, la historia del nivaclé y de la niña desaparece, pero es sustituida por un circunloquio que cumple la misma función. Señalar –y en este caso justificar– la extrapolación anormal de esa violencia sobre el cuerpo inocente de las niñas y de la familia del boliviano:

¿Cómo no pensó ese Patrón para venir con sus mujeres y sus hijas? ¿Que acaso no sabía que había un gran cacique nivaclé, un *caavanklé* que era Tofaai? El no pensó y quedó con las mujeres; después de matar a esos nivaclés él quedó ahí con sus mujeres. ¿Cómo no pensó? ¿Qué culpa tenían? El cacique Tofaai era un gran cacique nivaclé y el cacique Tofaai mandó matar a ese Santiago y al Patrón. Pero ellos no se desconfiaron y dejaron ahí

a sus mujeres, por su culpa han muerto las criaturas (Sánchez, 22/08/08).

La anécdota del nivaclé y la niña en la primera versión, y la justificación que hace recaer en Patrón la responsabilidad de la muerte de esas mujeres en la segunda, tienen entonces por función común la de llamar la atención sobre un momento anormal en la escena; un momento que obliga al narrador, o bien a vadear el curso del relato a través de una anécdota complementaria, o bien a suspenderlo para introducir una reflexión justificativa. Esta anormalidad aparecerá en todas sus consecuencias más tarde, como en el campamento, cuando a los viejos les toque el turno de neutralizar las fuerzas poderosísimas que encarnan esos escalpes. Pues, como en los otros casos, las víctimas fueron aquí también escalpadas:

Eran ocho mujeres jóvenes y la madre de las chicas. Mataron a todos. Las pusieron en fila, a la mujer del Patrón también. Una a una les fueron sacando las cabelleras. Ahí regresaron a la aldea y se llevaron esas cabelleras (Sánchez, 22/07/08).

La locura de Yacutché y la desaparición de las mediaciones

De vuelta en el campamento, una larga serie de operaciones y protocolos que implicaban a una cantidad significativa de gente servía para neutralizar la fuerza de esas cabelleras e integrarlas, una vez “domadas”, a la colección privada de cada guerrero. En adelante, como hemos dicho, a él le incumbiría la responsabilidad de cuidarlas y dirigir las adecuadamente. El proceso de neutralización o purificación de los escalpes era responsabilidad, fundamentalmente, de las ancianas del grupo.

Regresaron a la aldea ya con sus cabelleras y en la aldea ya estaban preparados. Las mujeres ancianas ya empezaron con sus cantos y fueron preparando las cabelleras para poder quemarlas por dentro y después colgarlas para que sequen. Las mujeres cantaban contentas porque esos guerreros eran fuertes y habían matado a ese Patrón. Eran capaces de hacer las cosas que querían (Sánchez, 22/07/08).

Mientras duraba este proceso, el guerrero debía observar una serie de abstinencias y prohibiciones que eran condición para su buen desarrollo. Así, no podía ingerir carnes, ni festejar, ni comer en demasía, cuestiones éstas que hubiesen constituido una provocación a las “almas” conquistadas y que habrían impedido que se las amansara adecuadamente. No visitaremos aquí en detalle esta otra secuencia narrativa, que es una secuencia fundamental en las memorias indígenas de la guerra, y que trata de la historia de Yacutché. Chase-Sardi le dedicó una bellísima “tragedia” a principios de los años 1980 (1983 y 2003: 159-169). La historia relata la “locura” de Yacutché, el modo en el que ésta se precipita y las circunstancias en las que le condena, algunos años más tarde, a morir colgado por los pies del árbol central de la misión de San José de Esteros²²³. Si nos interesa en cambio mostrar cómo el conjunto de las versiones disponibles hace del acontecimiento que venimos relatando el detonante de la locura del guerrero. Tras la embestida contra la casa de Patrón, Yacutché no pudo gobernar los escalpes conquistados, que terminaron volcándose contra él –“*entonces ya se puso como un loco*”– desequilibrando la difícilísima relación que media entre el guerrero y la muerte: “*entonces, repiten las fuentes, ya empezó como un asesino*”.

En una primera versión la mala gestión de esas “almas” se debe a un desacuerdo entre Yacutché y su abuelo, que era quien debía atajar la fuerza de esas cabelleras:

El no respetó las reglas que tiene que vivir una persona cuando mata. Yacutché mata gente, mucha gente, y esos muertos, sus almas le siguen a la persona que lo mata. Pero hay ancianos que son muy expertos en eso, que cantan y entonces atraían ellos las almas de los muertos, para que no se vuelva loca después la persona que mató. Pero sin embargo, el abuelo de Yacutché en esa vez se enojó con su nieto y no le cantó y no le quitó el alma del muerto, entonces lo dejó así para que le siguiese el alma a Yacutché (Ceballos, 28/07/08).

²²³ Además de las versiones registradas por Chase-Sardi, otras fueron recientemente recogidas por nosotros (Barbosa, Hernández y Richard 2008).

En una segunda versión es el propio Yacutché quien decide incumplir los protocolos de purificación:

Yacutché estaba ahí, era del grupo de Rivas. Y ese Yacutché después se volvió loco. Después de matarlos todos a esa gente, agarró un charque y se lo llevó. Llegó ahí donde hay danza, fuego y lo metió ahí. Y la mamá de Yacutché agarró eso y lo quería tirar: 'No, no hay que comer carne', le dijo. 'Igual voy a comer, respondió, yo no le saqué las cabelleras a los muertos. Yo no hice nada'. Pero había sido que igual estaba en el grupo. El agarraba mientras los otros acuchillaban. El no tenía que comer esa carne. Su mamá tiró el pedazo, pero igual lo agarró de nuevo de las brasas. Comió esa carne y desde ahí se volvió loco (Sánchez, 22/08/08).

Las distintas versiones – y las que recogió Chase-Sardi van en el mismo sentido, aunque de modo menos explícito– hacen de esta escena un momento denso, algo como el comienzo de una fatalidad, un mal augurio, un desequilibrio o una destemplanza que marcarán en adelante la relación entre los de Tofaai y el frente de colonización que avanza sobre territorio nivaclé. Yacutché concurre aquí como figura paradigmática, como índice o seña de un movimiento más amplio, de una transformación más fundamental en la naturaleza de las relaciones fronterizas y en la economía de la violencia que las caracterizaba.

Esta evolución puede caracterizarse en varios sentidos como una progresiva desaparición del conjunto de mediaciones que amortiguaban y articulaban dicha relación. Ya hemos visto cómo, asesinando a los que debían ser capturados, los de Tofaai se privan de una figura clave en la mediación del ciclo de violencia, la del cautivo. La desaparición de esa figura mediana es redoblada por una serie de irregularidades en la gestión de los escalpes, que son otra de las figuras centrales en la mediación –y el equilibrio– de esa violencia. Los escalpes son en efecto algo parecido a un “cautiverio” del “alma” del enemigo: como al muchacho recién secuestrado, se abre aquí también un largo período de amansamiento, de domesticación, de apaciguamiento del cuerpo extraño conquistado. El escalpe, como el cautivo, es la memoria y el espesor, el temple de esa violencia. Ambas cuestiones explican el que los “tenientes” de Tofaai pasen progresivamente de ser “guerreros” a ser “asesi-

nos”. Pero hay otro conjunto de elementos que vienen en el mismo sentido. Así por ejemplo, el hecho de que Tofaai *firme* sus acciones absteniéndose de cobrarse el botín, participa de un carácter más general, que las distintas fuentes no dejan de señalar, y que es una especie de suspensión general y cabal de todas las formas de intercambio y circulación entre los de Tofaai y el frente colono y militar. Las crónicas misioneras hacen sistemáticamente del cacique Tofaai alguien “intratable”, alguien con quien no había negociación posible, ni comercio, ni intercambio, ni acuerdo que pudiese hacerse, al punto que todo “blanco” que se acercara a parlamentar terminaba irremediablemente muerto. Quizás, en pluma de los misioneros, esta imagen sirve para mejor dramatizar el momento, cuando la presencia militar en la zona se hace ya insostenible, en que Tofaai decide finalmente negociar con los misioneros la protección de los suyos y su entrada definitiva a las misiones (Fritz 1997: 93-97). Pero las fuentes militares y otro conjunto de relatos no desmienten a los misioneros. Véase por ejemplo esta escena, en varios sentidos notable, que transcurre tiempo después de la muerte de Patrón y que describe los intentos militares por negociar con Tofaai. Los militares, recordémoslo, están ya más preocupados por la guerra que se avecina (Muñoz ya ha sido fundado y una alianza con Tofaai puede revelarse fundamental) que por la represión directa de los indígenas:

Varios meses después, los bolivianos le mandaron a un nivaclé, le dieron tabaco para que le lleve al Tofaai a su aldea. Esos bolivianos de [fortín] Muñoz le mandaron a ese nivaclé con eso para que le diera al Tofaai. El nivaclé se fue a la aldea del Tofaai y llevó el tabaco. Y llegó el Tofaai y no aceptó: ‘no, no quiero’, dice, y el nivaclé respondió ‘el jefe de los bolivianos quiere que te vayas un poco, que te va a dar víveres, provistas’. Pero el Tofaai nunca iba a aceptar eso. Se fue otra vez de regreso el nivaclé a General Díaz [ex Muñoz]. Pocos días después, de nuevo el jefe le mandó provistas al Tofaai. Pero ahora en un carro, en cachapé. Venían dos militares bolivianos ahí. Venían de Muñoz. Los nivaclés de la aldea vieron que venían dos personas que son bolivianos y le llamaron a Tofaai. ‘Aquí vienen dos personas que traen víveres’, le dijeron, y él agarró su poncho para cubrirse y agarró el palo, el palo para matar, para golpearle a la gente. ‘No, dice, yo no quiero provista,

tengo mucho alimento en el monte', dice Tofaai. Entonces los otros sí querían agarrar esas provistas, pero el Tofaai no quería. Y les obligó. 'No hay que tomar eso', les dijo. Entonces cuando el boliviano no estaba mirando le pegó el Tofaai y también los otros agarraron al otro boliviano y lo mataron también. Los mataron a los dos y las provistas se quedaron ahí y Tofaai no dejó que nadie tomara nada. Peor se enojaron los bolivianos de Muñoz con ese Tofaai. Se enojaron más y desde entonces que Rivas y Tofaai ya se fueron viniendo más hacia esta zona de Fischaat (Mendoza, 20/07/08).

La historia de Patrón y Santiago se halla bien difundida en la zona y es una de las piezas recurrentes en la narrativa indígena sobre ese período. Forma parte de un ciclo narrativo más amplio, que retrata toda una serie de altercados, embistes y trampas que marcaron la relación con el frente de colonización en las décadas que precedieron al gran despliegue militar que preparaba la guerra²²⁴. En todas ellas, el argumento toma esta misma dirección general, una suerte de desregulación de las relaciones vecinales, una liberación que es también una locura, un progresivo zafe de las estructuras, modos y prácticas que temperaban de algún modo la violencia en el Pilcomayo. Cuando ya no hay nada "en medio", la guerra deja de ser un modo o un espacio de circulación y pasa a ser violencia desnuda, *inmediata*. Una de las formas últimas de esta "liberación", que es también una descomposición, son las "montoneras" que asolarán la zona durante los años de guerra²²⁵ (ver más adelante la "historia de Tarija"). Éstas se componen de individuos "descolgados", indígenas y no indígenas (pero eso es, justamente, "descolgarse"), y más tarde también de una importante cantidad de desertores bolivianos y paraguayos. La historia de Patrón y Santiago sitúa el límite de descomposición histórica de una forma y de una economía de la vio-

²²⁴ Como vimos, son muy frecuentes las narrativas nivaclés que relatan ataques y enfrentamientos contra los primeros asentamientos criollos argentinos y bolivianos antes del inicio de la guerra del Chaco. La pelea del fortín Chávez es una de los relatos recurrentes de la narrativa nivaclé sobre ese período. Sobre los enfrentamientos anteriores al inicio de la guerra, ver Chase-Sardi 1983 y 2003; Clastres 2003 [1992]: 127-129.

²²⁵ La prensa paraguaya, boliviana, y sobre todo, argentina publicaron en julio de 1933 una serie de artículos y reportajes describiendo las malones cometidos por los indios "chulupés" en las dos bandas del Pilcomayo (ver más adelante la "historia de Tarija").

lencia en el Pilcomayo. Yacutché, que ha perdido el respeto por sus escalpes, está a punto de descolgarse de un mundo y de un modo –¿pero no es esta, justamente, *la locura?*– para precipitarse en otro: murió vejado y fusilado en la misión de Esteros; bien pudo hacerlo por un cuchillazo mañoso en el arrabal de Formosa.

Historia del Sargento Tarija

La historia del Sargento Tarija

Es entonces del todo significativo que, en la larga década que precedió la guerra (1923-32), las relaciones entre el ejército boliviano y los grupos nivacés de la zona se den por centro la figura de un “cautivo” –*lhanku-med*–, un “prisionero”. Figura central en la narrativa nivacé sobre la guerra, la del “Sargento Tarija” reúne en un solo trazo biográfico el conjunto heterogéneo de lógicas, de lealtades y de actores que marcaba la escena abigarrada del Pilcomayo al momento de la guerra. El personaje es de una ambigüedad desquiciante. Según la perspectiva, aparece como un joven nivacé secuestrado por el ejército y que busca su venganza, o como el “temible soldado boliviano” que ajusticia al paraguayo Rojas Silva en 1928, o aún como un “indio boliviano” al mando de una importante montonera que cruzará el Pilcomayo durante la guerra. Como si, entonces, para constituirse, las relaciones entre el ejército boliviano y los campamentos nivacés hubiesen tenido que volver a poner “algo en medio”, algo que les sirviese de memoria y soporte, algo que les diese un espesor y una entidad biográfica, algo que les permitiese, de algún modo, anudarse y reflejarse entre sí. Si el “cautivo” es una figura sociológica clave en el sistema de relaciones interétnicas del Chaco, no deja de ser curioso el hecho de que quien venga a restituirla sea el propio ejército.

Conocemos varias versiones de la “historia de Sargento Tarija”²²⁶, que pueden completarse con una fragmentaria y espectral, pero abigarrada

²²⁶ Utilizamos aquí las versiones narradas por Ciriaco Ceballos (17/08/08; 27/08/08); Pedro Mendoza (20/08/08); Mauricio Quiñones (15/08/08); Pastora Sánchez (22/08/08) y María Candia (19/08/08). Esos registros fueron realizados durante la campaña de terreno de julio y agosto de 2008. Nuevas versiones fueron registradas en agosto y septiembre de 2009: Francisco Saravia (29/08/09); María Ríos (29/08/09) y Leguan (14/09/09).

presencia del personaje en las distintas fuentes militares y civiles²²⁷. La historia se divide en distintos actos o movimientos que pueden ser cronológica y espacialmente situados. El primer acto es el de la infancia de Tarija en Ftsuuc, campamento nivaclé situado a tres o cuatro kilómetros de Fischaat, actual San Leonardo de Escalante. Culmina con el momento traumático –todo el relato gira en torno a él– en el que su grupo familiar se topa con una patrulla militar: su padre es muerto, sus hermanos logran escapar y él es llevado al fortín, donde se criará. El segundo movimiento narra la vida de Tarija en el fortín, su condición de *lhankumed*, “prisionero-secuestrado-amaestrado”. Va apareciendo entonces, en toda su asombrosa y terrible ambigüedad, el conjunto de relaciones que mujeres y jóvenes nivaclés sostenían con los soldados bolivianos destacados en los fortines Esteros y Muñoz. Tarija se cría entre la milicia, se vuelve soldado y logra, acercándose a la guerra, el grado de sargento - que algunos trastabillan hasta el de “teniente” y que otros resumen por la forma más genérica de “jefe de los bolivianos”. La vida de Tarija en el fortín es una larga meditación sobre su condición de *lhankumed*; sobre su relación con el padre asesinado, que es narrada como una paciente preparación de su “venganza”. En el tercer movimiento, el ejército boliviano avanza fundando la línea de fortines Muñoz-Camacho, “atropellando” y ocupando la zona más densamente poblada del espacio nivaclé. Simultáneamente, la relación del ejército con los “chulupíes” se disloca y precipita la “venganza de Tarija”: una complicadísima intriga por la que él logrará enfrentar una patrulla paraguaya y boliviana en un incidente que la gente en la zona denomina “el comienzo de la gue-

²²⁷ Como veremos en esta sección, muchas son las fuentes militares que mencionan el personaje de Tarija, que aparece algunas veces travestido en un tal Sargento Tejerina. El médico boliviano Arturo Hoyos habla de la existencia de un “*chulupí que era sargento*” (“El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932. Cándido Samaniego Abente (1989) describe, por su parte, la caída del oficial paraguayo Rojas Silva el 25 de febrero de 1927 y afirma que su asesinato fue “*comandado por el sanguinario Sargento Tejerina*”. Finalmente, Sindulfo Barreto restituye el asesinato de Rojas Silva a partir del relato de un soldado llamado Fermín González, que estuvo presente el día del asesinato. González en su carta relata que apareció “*un soldado bolí [boliviano] sobre una mula, quien ante el fuego de Argüello se tiró al suelo quedando herida la mula, y desde el suelo el bolí Tejerina jugó al Tte. Rojas Silva hiriéndole, acertándole en medio del pecho traspasando la bala al otro lado*” (en Barreto 1969: 113). Como veremos Tarija también aparece largamente citado en la prensa argentina, paraguaya y boliviana de junio de 1933.

rra del Chaco”. En la literatura militar, ese episodio es conocido como el “incidente Rojas Silva”, que en el fortín Sorpresa y hacia 1928 casi adelantó la guerra. En la mayoría de las fuentes acerca de este acontecimiento, el “sargento Tarija” se disfraza bajo un menos consonante “sargento Tejerina”. El último acto relata el “fin” de Tarija. Sobre ese momento las distintas fuentes divergen: algunos le ven dirigiendo una importante montonera de 2.000 “indios y desertores” –armados de metralla y mortero– que cruza hacia Argentina; otros dicen que terminó como “jefe” en los ingenios azucareros de Tartagal; los menos, al fin, le describen un envidiable destino en La Paz. Sea como fuera, la del sargento Tarija es una biografía paradigmática para entender la relación entre el espacio indígena y las fuerzas militares desplegadas en el Pilcomayo, fundamentalmente sobre el arco Esteros-Saavedra; esto es, sobre la casi totalidad del territorio *mezquinado* por el cacique Tofaai.

El secuestro de Tarija. Los dos momentos de la relación al frente militar

Sabemos poco de la infancia de Tarija. Se dice que era de Ftsuuc, una aldea cercana a Fischaat. Era todavía un “*niño grande*” –tendría en torno a los diez años– cuando el grupo familiar, que había salido “*de recorrida*”, se topó con la patrulla militar boliviana. El padre del muchacho fue muerto en el incidente, pero sus hermanos lograron escapar: uno de ellos murió hace no mucho en la comunidad nivaclé de Cain o Clim y la mujer de su otro hermano vive aún en Ujhe Lhavos²²⁸. Los militares se llevaron al pequeño Tarija hasta el fortín de Esteros, dónde se crió y creció:

Ahí era la aldea y lo llevaron solo en Esteros, en el fortín de Esteros. Cuando niño lo llevaron y lo criaron en el cuartel. Tenía poco contacto con los nivaclés porque los bolivianos lo mezquinaban mucho, lo tenían ahí siempre. Le daban un trabajito, lo daban de comer, lo criaban y cuando fue joven ahí lo metieron en el cuartel como soldado. Ahí aprendió a escribir y a leer, lo enseñaron los bolivianos (Ceballos, 17/08/08).

²²⁸ Entrevista con María Ríos en Barbosa y Richard 2009..

El fortín Esteros era el último de una primera serie de fundaciones militares bolivianas sobre el curso del Pilcomayo. Fundado en 1912, el fortín representaba la posición más avanzada sobre el curso medio del río y la más distante de Villamontes, teatro principal de la colonización boliviana del Chaco. Tras él, los fortines de Linares, Ballivián, Guachalla, D'Orbigny y Crévaux, fundados a partir de la última década del siglo XIX, constituían la trama central de la incipiente presencia boliviana sobre el curso del Pilcomayo. Sin embargo, para abastecerse y comunicar con el piedemonte andino, estos fortines dependían del vector Formosa-Embarcación (la línea férrea se hallaba entonces en construcción), columna de la colonización argentina sobre la banda sur del Pilcomayo. Se trataba entonces de una posición extremadamente alejada, aislada durante buena parte del año, y en varios sentidos dependiente del frente de colonización civil que había alcanzado la orilla argentina del río²²⁹. Según las distintas fuentes, Tarija tenía en torno a los 30 años cuando se desencadenó la guerra. Es decir que podemos situar su secuestro unos 20 años antes de la conflagración, quizás en la segunda mitad de la década de 1910.

Es importante situar cronológicamente estos acontecimientos. En efecto, el conjunto de los relatos indígenas disponibles sobre el tema coincide en distinguir dos grandes momentos en la relación con el ejército boliviano. De hecho, la historia de Tarija podría ser íntegramente leída como una meditación o metáfora en torno a esos dos momentos, al tipo de relaciones que se instituyen en cada caso, al modo en el que se diferencian y al problema aparentemente irresoluble que esa evolución plantea para aquellos nivacés que se hallaban de algún modo enganchados en el ejército. Es importante insistir sobre este asunto, porque introduce una distinción estructural entre dos momentos del despliegue militar boliviano en la zona, y esa diferencia tiene también carácter estructurante para las memorias indígenas sobre el período.

²²⁹ Para acompañar las descripciones y las fechas de fundación de los fortines del eje Guachalla-Muñoz, ver Arturo Hoyos: "El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco" [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

En el primer momento, Esteros es, como hemos dicho, el último fortín boliviano sobre el Pilcomayo. Las fuerzas destacadas son sumamente reducidas, su abastecimiento aleatorio, su posición muy aislada y su vínculo al frente de colonización argentino es fundamental. En este contexto, el fortín no representa una intrusión mayor en el espacio indígena; por el contrario depende en buena medida de él. Situado en los límites del cacicazgo de Tofaai, en términos generales y aun si el período está regado de incidentes —como el de la captura de Tarija—, las relaciones entre el pequeño fortín y el abigarrado espacio nivaclé que lo circunda tienden a un cuadro de normalidad, sino de complementariedad. Se trata de relaciones “vecinales” que no comprometen mayormente la autonomía del territorio indígena. A decir verdad, el todavía incipiente dispositivo militar boliviano tiende a inscribirse como una pieza más en el cuadro complejo y difícil de las relaciones con el frente de colonización argentino. En efecto, *“antes que estuvieran los bolivianos estaban los argentinos. Primero estaban los argentinos. Primero la pelea era con los argentinos, más antigua, después llegaron los bolivianos”* (Ceballos, 17/08/08). La presencia militar boliviana, que depende entonces del abastecimiento y comunicaciones argentinos, no tiene todavía forma en sí misma sino en la medida de su relación al espacio criollo:

Había ahí en esa parte bolivianos buenos. Acá también había bolivianos buenos. Pero habían argentinos ‘malevos’, que sospechaban de los nivaclés, que les robaban sus animales, cabras, ovejas y eso. Esos argentinos hablaban con los bolivianos para que maten a los nivaclés (María Candia, 19/08/08).

Y si bien algún incidente venía regularmente a desestabilizar los ánimos, lo cierto es que, estructuralmente, la relación entre el dispositivo boliviano y el espacio indígena era relativamente equilibrada y estable. De modo que si bien era común que los militares organizaran alguna “salida” o se cebaran sobre algún grupo nivaclé desprevenido, inversamente también era frecuente que en la represalia murieran soldados y colonos por igual. El capitán de sanidad boliviano A. Hoyos, que acompaña las fundaciones militares en la zona, muestra bien el estado relativamente equilibrado de la correlación de fuerzas en ese primer momento:

La posición de fortín Esteros era mala, pues estaba en constante peligro de inundaciones y además estaba, puede decirse, rodeado de tribus salvajes a las que los soldados provocaban por cualquier cosa, apeligrando la vida de todos los que adentro se hallaban. Esto sucedió también a la raíz de la mala táctica de uno de los jefes, lo que motivó que los indios mataran algunos soldados quedando mal con nosotros²³⁰.

Hacia 1923, la situación cambia fundamentalmente. Esteros se transforma entonces en la principal base del avance boliviano hacia el centro del Chaco. Los efectivos militares se multiplican sustantivamente, se establecen líneas de comunicación y telégrafo autónomas –incluyendo una pista de aviación–, se mejoran las rutas y, quizás sobre todo, se pasa de una presencia estacional destinada a asegurar una presencia más simbólica que real a otra, ofensiva, que destina recursos ingentes para ocupar la máxima cantidad posible de espacio en vistas a un inminente litigio diplomático o militar con el Paraguay sobre la posesión del Chaco. En 1923 se funda el fortín Muñoz (actual General Díaz), algunas decenas de kilómetros más adelante de Esteros, y en los años siguientes se prosigue con la fundación de los fortines Sorpresa, Cuatro Vientos, Tinfunqué y Saavedra entre otros²³¹. En 1931, un año antes de la guerra, la línea de fortines bolivianos era maciza y remontaba de modo regular desde los pantanos de Patiño, sobre el Pilcomayo, hasta Camacho (actual Mariscal Estigarribia), a 400 kilómetros de Esteros, en el centro del Chaco.

En el terreno, desde el punto de vista indígena, esta inflexión supuso que el ejército boliviano pasara de ser un más o menos agitado “vecino” a constituirse en una fuerza militar de ocupación de los campamentos y territorios indígenas. El nuevo Esteros, Tinfunqué, Saavedra o Muñoz eran fortines importantes, situados en la zona más densamente poblada del espacio nivaclé. Puede reinterpretarse enteramente el mapa de las fundaciones militares bolivianas en la zona para mostrar cómo calca

²³⁰ Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²³¹ Ver Querejazu 1975; C. Fernández 1955; Casabianca 2000; Zook 1962.

o se superpone a otro, que ha sido borrado, y que es el de las principales aguadas y campamentos indígenas. Así, la patrulla de exploración que fundará el fortín Alihuatá, informa haber encontrado “*una excelente posición poblada por numerosas tribus*”; Fernández fue fundado cuando “*una patrulla que había salido de Arce [...] encontró en el camino una gran toldería de Indios que parecían salvajes y desconfiados*”; al buscar dónde fundar Platanillos, “*encontraron grandes tolderías que ya sabían que los nuestros eran malos y delicados*”; Al fundar Loa, “*a varios kilómetros de Bolívar encontramos algunos campamentos indios*”, y unos metros más adelante, “*llegamos a un lugar que los indios llaman Neytachase y que es donde Ustárez decidió fundar el fortín*”. Pueden multiplicarse los ejemplos: en Campos, “*los indios se fueron y sólo quedaron los más viejos*”; en Tinfunqué, “*forzamos al cacique Yoke para que nos mostrara el lugar*”, etc.²³²

Puede entenderse entonces cómo la relación entre el ejército boliviano y el espacio indígena evolucionó sustantivamente según se trate del primer o del segundo momento. Es nuevamente A. Hoyos quien describe perfectamente el grado de violencia y descomposición al que dichas relaciones habían llegado en este segundo momento. Un año después de la fundación de Muñoz, Hoyos relata este incidente que, en algún sentido, podría ser la imagen transfigurada de la historia de Santiago y Patrón:

En 1924 volvió a producirse otro incidente con los salvajes. La vida de pronto se hizo intolerable con ellos. Las mujeres de los caciques eran arrastradas sin consideración y en presencia de sus esposos por los oficiales atraídas por la plata [...] Como la situación de los nativos lejos de mejorar continuaba cada vez peor, ellos tomaron represalias y en setiembre de este año unos indios mataron a dos chicos, uno de siete y otro de catorce años. Los que trajeron la noticia decían que los habían degollado y que después echaron en un pozo los cadáveres. Los niños eran hijos de un poblador José Palaciení²³³.

²³² Todas las citas provienen de Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²³³ *Ibid.*

¿Es acaso José Palacieni nuestro “Patrón”, y esos niños pudriéndose en el pozo la imagen invertida de los cadáveres nivaclés con que había envenenado las aguadas indias? Sea como fuere, la respuesta de los militares fue contundente y en algún sentido contradictoria, pues sacrificaron a quien hasta entonces les servía de lenguaraz y mediador:

En vista de esto, el Comandante V. B. mandó al Tte. C.C. a que llegara hasta la toltería con un indio ladino y preguntara a los caciques quién o quiénes eran los autores para castigarlos y que solamente así serían perdonados los restantes de la tribu. El Oficial recorrió los caseríos del Cacique Leiva, el más amigo nuestro que vivía cerca del fortín. El Tte. C.C. en vista de no haber podido hallar ni siquiera indicios de quien o quienes eran autores del crimen, optó por traerlo al Cacique Leiva y otros ocho indios más al fortín. Los indígenas se negaban a la caminata porque estaban seguros de que serían asesinados. Un temor espantoso se apoderó de ellos, aun cuando pedían por la amistad que habían demostrado siempre a nuestros hombres para que no se los llevaran maniatados. En estas circunstancias fueron ellos liquidados en el camino en forma despiadada, llegando luego al fortín el Tte. C. C. quien informó que Leiva y otros indios fueron castigados ejemplarmente y ejecutados en el camino [...] Con todos estos hechos, nuevamente perdimos la amistad de los indígenas, quienes alarmados abandonaron aquellos lugares huyendo despavoridos y dejando algunos sembrados, porque eran muy laboriosos²³⁴.

No abundaremos en mayores ejemplos, pues éstos ya bastan para mostrar ese punto de inflexión que vino a modificar estructuralmente el cuadro de relaciones entre el ejército boliviano y los campamentos nivaclés de la zona. Como decíamos, la historia de Tarija puede leerse íntegramente como una reflexión en torno a la transición entre el primer y el segundo momento de las relaciones fortines-campamentos. ¿Qué pasa en efecto con los nivaclés –individuos, grupos familiares y aun “tolderías amigas”–, que en un primer momento se habían enganchado de algún u otro modo con el ejército, y que en el segundo momento son llamados a acompañar una campaña violentísima de ocupación de sus

²³⁴ *Ibid.*

propios campamentos y territorios? Es nuevamente el viejo Ceballos quien describe precisamente la situación:

En el fortín boliviano de Esteros cambian esos grupos de soldados junto con el jefe y después viene otro grupo. De repente ese nuevo grupo con el nuevo jefe ya sabe que hay nivaclés. Entonces el nuevo jefe no es igual al que se va. Ese nuevo, a lo mejor, le quiere matar a nuestro gran jefe Tofaai. Entonces, de repente, esos nivaclés, Tarija, Tinit, Urquiza, Clavonketaj, se iban con los primeros bolivianos que venían. Ese grupo era bueno diríamos. Cuando se cambiaron ese grupo, viene otro grupo y entonces salen los primeros que estaban ahí. Los nuevos ya tienen otro plan, otras ideas. Era de matar los grandes caciques de acá (Ceballos, 17/08/08).

Primer momento: lógicas de mediación en torno al fortín Esteros

El primer momento está marcado por una serie de situaciones y formas de relacionarse que indican cierta estabilidad y complementariedad entre los asentamientos militares y indígenas. Relaciones de “vecindad” decíamos, en las que va anudándose un vínculo más o menos denso con el mundo indígena. Así por ejemplo, la presencia indígena en el fortín Esteros era cuestión cotidiana y adoptaba formas múltiples. A fin de examinarla, convendría distinguir por un lado la situación de los hombres y muchachos nivaclés que vivían o se acercaban al fortín, y por otro la de las mujeres nivacchés cuyo rol en la mediación con el ejército era del todo fundamental.

En el caso de los hombres, varios se hallan personificados en los relatos. Es el caso por ejemplo de “*Tinit, que era nivaclé y hablaba el idioma de los bolivianos*” o “*Urquiza, Clavonketaj, Jakinot y Okoj*” (Ceballos, 15/08/08), que también frecuentaban los fortines y hacían algún “trabajo” o acompañaban a Tarija. Visitaban el fortín de forma recurrente asumiendo así una función importante en las lógicas de mediación en torno al fortín de Esteros. Sin embargo, hay una distinción muy clara en las formas de inserción entre esos personajes y Tarija. Mientras Tarija aparece como un “ideal tipo” del mediador –en el sentido weberiano del término– bien inserto en la corporación militar, con sus funciones y deberes, los demás, en cambio, establecen un vínculo más suelto:

Tarija había llevado a muchos nivaclés al cuartel boliviano. Pero los nivaclés no conocían las instrucciones militares y siempre se ponían aparte y los militares les daban así los uniformes. Pero esos jóvenes no se pelearon en la guerra. Esos nivaclés que estaban en el cuartel, cuando vino la guerra, huyeron del cuartel y se fugaron. Esos jóvenes no eran realmente soldados. Era muy distinto, en el cuartel, los nivaclés y los soldados bolivianos. Tarija no tomó a los nivaclés como soldados. Ellos solían venir, ir a Esteros, ir a General Díaz y eran amigos de los bolivianos. Siempre se acercaban de los fortines (Ceballos, 27/08/08).

Los bolivianos querían hablar con esos nivaclés que eran jóvenes todavía, entonces ellos los tenían en el cuartel. Pero cuando escuchaban que va haber guerra, los nivaclés decían 'yo me voy a mi casa'. No había problema, les permitían otra vez que se regresen. También los bolivianos le avisaban a los nivaclés de que va haber guerra contra los paraguayos. Entonces los nivaclés volvían a sus aldeas y no se iban con ellos (Ceballos, 17/08/08).

Esa distinción de roles también se observa a partir la observación de Ceballos: *“los nivaclés tenían uniformes pero siempre lo guardaban y no lo usaban. Pero había ese Tarija, el sargento Tarija, que como a las cuatro de la madrugada ya empezaba a tocar su trompeta”* (Ceballos, 27/08/08).

De modo que cabría distinguir entre un primer estamento orgánicamente integrado en la dinámica militar —en torno a Tarija, sólo en el fortín Esteros, se menciona a una veintena de “reclutas” nivaclés²³⁵— y un segundo estamento, flotante, de población masculina que era puntualmente asociada a diferentes tareas —caminos, traducción, guías, etc.:

Como nos era imprescindible el concurso de ellos ya que les hacíamos trabajar en las faenas rudas e ingratas y los enviábamos en las comisiones más difíciles, así como también se encargaban de guiarnos, fuimos un buen día a la busca de ellos, juntamente con el Mayor S.R., los sub-tenientes R.S.C. y U.E.M. y yo a tratar de atraerlos. Ni bien nos vieron, se mostraron asombrados y huyeron despavoridos. Pero como les demostramos sincera amistad a algunos que alcanzamos, volvieron unos cuantos, se acercaron a

²³⁵ Lezcano, 22/08/08; Saravia, 30/08/09; Ríos, 29/08/09. Véase también Chase-Sardi 2003, vol. 1: 158-169.

nosotros y nos trajimos cada uno de nosotros una linda china a nuestro rancho del Fortín. Éstas se mostraron como amistades antiguas y poco a poco salieron del monte los restantes y se vinieron a nosotros temerosamente²³⁶.

El caso de las mujeres indígenas en los fortines es un tema fundamental que merecería un estudio más detallado²³⁷. Aún si los pocos estudios y relatos que existen son confusos y fragmentarios –es un tema respecto al cual los narradores, mujeres y hombres, por razones inversas, se muestran sumamente cautelosos–, éstos muestran cómo el cotidiano indígena en los fortines se hallaba fundamentalmente estructurado en torno a las mujeres. Queda por saber cuáles eran exactamente las distintas articulaciones de esta inserción, sin reducirlas a la idea simple de un “*abuso ejercido por la fuerza sobre el cuerpo pasivo de las sociedades indias*” (Richard 2007). Si bien es cierto que esta relación era fundamentalmente asimétrica, no es por ello menos cierto que fue produciendo formas estables, zonas de equilibrio y mecanismos más o menos normales. La contradicción aparente entre estos dos aspectos es patente en las fuentes. Así, A. Hoyos describe una situación marcada por una profunda violencia:

La indiada era cada vez mas perseguida. Nuestros oficiales asesinaban a mansalva y ultrajaban a las pobres ‘chinas’ que eran pasto de lujuria [...] Las ‘chinas’ eran arrastradas a voluntad, llevadas a los fortines y hasta Villa Montes, obligadas en el principio a dedicarse a la vida ligera, haciendo que perdieran pudor y dignidad, lo que antes no se conocía siquiera en esas tribus [...] Las mujeres estaban todas corrompidas. Gustaban de todos los placeres, coca y las bebidas más espirituosas. Francamente, me dejó un tanto desilusionado cuando vi los cuadros de depravación que se sucedían día y noche y que se repetían sin delicadeza²³⁸.

²³⁶ Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²³⁷ Retomamos aquí el argumento de Richard 2007.

²³⁸ Arturo Hoyos: “Crónica de la guerra: 2000 km a través de nuestro Chaco y por el frente de operación. Relatos sencillos y real sobre la cruenta guerra que se desarrolla en el Chaco”, *Guaraní* (Asunción del Paraguay), 17 de Agosto de 1934.

María Candia relata en cambio una situación donde las mujeres parecen administrar una relación más o menos pacificada:

Las mujeres que se juntaban con los bolivianos solían volver a la tarde a la aldea otra vez. Volvían en la tarde. No se quedaban nunca. Se iban por el día no más. Solamente de día se iban ahí las mujeres, de noche no se quedaban [...] Ellas trabajaban así como lavanderas, cocineras, y la comida que sobraba después se la llevaban a su gente en las aldeas (María Candia, 19/08/08).

Puede que algún pudor esté frenando la memoria de María Candia. Más allá del expediente nivacché, en el resto del Chaco, la cuestión de las relaciones mujeres-militares durante la guerra sigue siendo un tema de difícil trato, particularmente cuando se llega al problema de los abortos y de los niños nacidos de esas juntas. En el caso que nos ocupa, hay una figura de algún modo tutelar que recorre las memorias nivacché. Se trata de Alberto Santa Cruz, unos de los principales líderes del movimiento indígena en los años 1980, miembro fundador del equipo del Proyecto Marandú²³⁹. Santa Cruz es hijo de mujer nivacché y del oficial boliviano “Santa Cruz”, que reencontraremos más adelante en la historia de Tarija, y que fue, según indican unánimemente los relatos, quién dirigía el fortín boliviano de Esteros. La viuda Lezcano recuerda que la madre de Alberto era como “una princesa”, pues era la única en tener acceso permanente al “dos pisos”, edificio central del fortín:

Se iban ahí siempre las mujeres y por eso nació ese finado Santa Cruz [Alberto]. El papá de Santa Cruz vivía en la casa grande, en el ‘dos pisos’ que había en el fortín. Ahí nació y ahí se crió Santa Cruz [Alberto]. Entonces ese Santa Cruz [oficial] le entregó esa criatura a los curas [de la misión de Esteros], para que lo cuiden (Lezcano, 22/08/08).

La figura de Santa Cruz abre sobre otras, más o menos explícitas, que pueblan las memorias de la época. Así por ejemplo con la abuela de la viuda Lezcano —*“La abuela de ella dice que se fue con un boliviano y se embarazó, salieron mellizos y por eso la abuela murió. Se fue no sé*

²³⁹ Harder Horst 2007; Renshaw 1996; Colombres 1975.

dónde en Bolivia, se embarazó y ahí murió, en el parto” (Lezcano, 22/08/08)– cuyo relato introduce al menos dos elementos importantes : el motivo arquetípico de los “mellizos” y el hecho de que la mujer, presumiblemente tras la guerra, haya vuelto a “no sé dónde en Bolivia” con su hombre. La cuestión es importante y parece en efecto que estos enamoramientos pueden haber adquirido un carácter más estable y continuo en el tiempo. En todo caso, es en este sentido que debe interpretarse el instructivo del Estado Mayor boliviano, mencionado por Hoyos, que obligaba a una rotación permanente del efectivo militar en los fortines: se trataba de impedir que los soldados estableciesen lazos permanentes con alguna mujer lo que, entre otras consecuencias, hubiese sido como es común en campañas militares de este tipo, un aliciente a la desertión²⁴⁰.

Como fuese, está claro que las mujeres constituían el principal elemento de mediación con los campamentos nivaclés: *“Algunas mujeres volvían y otras se quedaban con los bolivianos. Entonces esas mujeres que se iban en el regimiento, esas conseguían provistas, víveres, pan para el resto de la aldea”* (Lezcano, 22/08/08). La cuestión aparece en varios relatos (p. ej. Candia, 19/08/08) y es una vez más confirmada por Hoyos. Según el médico, las mujeres tenían un acceso más fluido al fortín, a cierta distancia del cual acampaban los hombres a esperar alguna comida o reparación²⁴¹. Esta dinámica hizo que las mujeres tendieran a mediar una relación que los “caciques” no controlaban más:

Los caciques y compañeros, cada vez que llegaba la época del algarrobo, recordaban en sus cantares nuestras tropelías y el ultraje a sus mujeres y nos querían fastidiar nuevamente; pero como sabían lo que los aguardaba si es que se levantaban, ¡volvían a dominarse y permanecían sumisos! Además, ellos mismos hacían conocer a los nuestros hasta el último rincón y se hacían ariscos los perseguíamos en donde fueran²⁴².

²⁴⁰ Arturo Hoyos: “El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco” [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²⁴¹ *Ibid.*

²⁴² *Ibid.*

Otras fuentes abundan en este sentido, y la situación no parece haber sido sustancialmente diferente en las otras zonas del Chaco en las que el ejército se instaló durablemente cerca de los campamentos indígenas. El conjunto de los elementos disponibles permiten así mostrar cómo las mujeres fueron un elemento central de esa relación, pero no mucho más: a la marginalidad de la “cuestión indígena” en los estudios sobre la guerra debe agregarse el hecho de que las fuentes disponibles, escritas y orales, constituyen en su mayoría testimonios masculinos (Richard 2007).

Segundo momento: Tarija medita su venganza, descomposición del vínculo con el ejército

Volvamos a Tarija, al asesinato de su padre, a su condición de prisionero —*lhankumed*. Como hemos visto, hasta aquí el incidente inicial —la captura de Tarija y el asesinato de su padre— duerme o se esconde bajo las formas relativamente normalizadas que adopta la presencia indígena en el fortín. El que ahora se deja llamar “Tarija” brilla en el centro de la escena. Los narradores insisten en marcar esta distancia, que volverá a aparecer más tarde, que es la que separa al soldado Tarija de los otros nivaclés. El primero tiene una posición orgánica en el lugar y se halla bien inserto entre los militares. No forma parte de los hombres y muchachos que visitan esporádicamente el fortín y tampoco son frecuentes sus visitas a los campamentos nivaclés de la zona. En términos generales, puede decirse que “*ya era como boliviano*” (Saravia, 30/08/09).

¿En qué terrible momento de lucidez vino Tarija a saber que no era par entre los suyos? ¿Cuáles son esa lealtad más profunda y ese dolor más antiguo que le devuelven ahora a su condición primera y le van preparando para la venganza? ¿Qué es lo que de pronto le despabila y lo precipita? La escena es íntima y trágica, clandestina, fatal:

El soldado boliviano le preguntó : ‘¿por qué estas llorando?’. ‘Estoy llorando no más’, le contestó Tarija. ‘Seguramente estás llorando por la muerte de tu padre’, dijo el otro. ‘Yo no lloro por mi padre, sólo porque estoy con hambre’. Entonces, llevaron al Tarija para que hable con Santa Cruz, el jefe del fortín. Lo dejaron a solas y los dos conversaron mucho.

Ese Santa Cruz sabía por qué lloraba Tarija. Santa Cruz sabía que le habían matado a su padre. El no quería, pero no había podido hacer nada cuando esos militares lo mataron. Santa Cruz le dijo a Tarija: 'bueno, sí, te hirieron los bolivianos, mataron a tu padre y te voy a dar un consejo. Vos cuando tengas otro cargo, tienes que hacer de esa forma'. Iban hablando y hablando. Pensaron y hablaron, Tarija y Santa Cruz. Santa Cruz siempre le daba consejos y más adelante le iba pasando un grupo de soldados, para que lleve y para que les maten. Santa Cruz y Tarija eran muy amigos, siempre hablaban solos (Ceballos, 17/08/08).

El llanto secreto, el recuerdo íntimo y confuso de su secuestro, el diálogo casi clandestino con el omnipresente Santa Cruz van dibujando su condición de *lhankumed*. La memoria de Tarija es la memoria de una violencia que empieza a anudarse sobre sí. Ocupa la misma posición y cumple la misma función que la del "cautivo". Esta escena tiene la misma geometría que tantas otras que se repiten y reflejan de un lado al otro del río, y Santa Cruz no es aquí demasiado distinto a un cacique pilagá que habla a su hijo/cautivo nivaclé. Es decir que la relación entre el fortín y el espacio circundante –resumida aquí en el diálogo entre Santa Cruz y Tarija– ha durado suficiente tiempo y ha funcionado de modo suficientemente recursivo como para secretar su propia mediación sociológica, su mecánica y articulación. Tarija es el cuerpo y la memoria de una violencia que nunca más será *inmediata*. El personaje introduce una temporalidad, que es justamente el ritmo de la venganza, la fuerza de un ciclo que elabora, registra y organiza esa violencia. Es notable este juego de espejos, el hecho de que lo que el frente colono estaba disolviendo –*dejaron de ser guerreros y se volvieron asesinos*– sea aquí reintroducido por el estamento militar: la práctica del cautiverio, su economía y su mecánica de la violencia. De modo que si en el fortín Tarija medita su venganza en la más íntima soledad, afuera, en cambio, va anunciando su plan –que es también una declaración y una lealtad. Prepara a la gente y advierte del peligro:

Después que pasó a ser soldado Tarija solía venir con más frecuencia en la aldea y hablaba mucho con los nivaclés. Decía que un día cuando sea sargento, teniente, o sea, un *caavanclé*, llevaría a los soldados bolivianos a pelear contra los paraguayos. Pedía para que los nivaclés mantengan

también a los bolivianos. Entonces, Tarija ya venía con su uniforme a la aldea nivacé (Ceballos, 17/08/08).

Tras la revelación íntima de su destino, que es también la de su condición de cautivo, la posición de Tarija cambia radicalmente. Si bien, en el primer momento, Tarija apenas aparece en los campamentos indígenas, ocupado como está en “volverse boliviano”, en este segundo momento su presencia en los campamentos es masiva. Cambio de escenario que es también un cambio, en sentido inverso, en la apariencia del personaje: Tarija pasa, por así decir, de ser un niño nivacé en el campamento militar a ser un adulto militar entre los campamentos indígenas. Esta bivalencia del personaje es crucial, constitutiva. La imagen de Tarija circulando por entre los campamentos con su uniforme militar es densa en varios sentidos. Primero, porque la autoridad de que goza Tarija en los campamentos es exógena y se construye especularmente por su inserción militar —es decir que se van perfilando en él modos emergentes de autoridad política que serán posteriormente normales, tras la guerra, cuando el territorio se halle definitivamente ocupado. Es densa también porque aquel muchacho que vuelve ahora, vestido como sus captores, a declarar su proyecto de venganza, refiere a una práctica antigua, anuncia el cierre de un ciclo que ya es conocido, restituye una “normalidad” —la del cautiverio— en la relación, en la narración y en la metafísica de la relación al ejército. Este giro inesperado —Tarija deja de existir como boliviano y decide su venganza— es como el resumen de un vuelco general en las relaciones con el ejército boliviano. Señala ese momento en el que, cuando se intensifica la presencia y la violencia militar, la pertenencia al fortín se vuelve insoportable, imposible. Y es de hecho en este sentido que se recuerda la actuación de Tarija. “Vestido como militar”, Tarija no sólo va llegando hasta los últimos campamentos para advertir de la guerra inminente, sino que también, y quizás más fundamentalmente, exhorta al conjunto de muchachos nivacés que se habían enganchado en el ejército a desertar en masa, cuanto antes, y salir a buscar refugio en los campamentos más alejados, ahí donde ni paraguayos ni bolivianos fuesen capaces de encontrarlos. Por consejo

de Tarija, los jóvenes conscriptos van abandonando el fortín, llevando consigo las armas y uniformes recibidos de los bolivianos²⁴³.

En el cuartel ya integraron algunos nivaclés ahí en el regimiento. El jefe boliviano ya los nombró a los nivaclés para que se vayan pelear contra los paraguayos. Les peluquearon a esos nivaclés. Pero esa noche llegó '*lhankumed*', Tarija. Llegó '*lhankumed*' para hablar con esos nivaclés y Tarija les dijo, 'bueno hermanos yo quiero que se vayan ustedes porque yo no quiero que ustedes se vayan a pelear, yo no quiero que se vayan a la guerra'. Porque había guardias bolivianos de noche, cuando uno recorría más aquellos lados y ahí aprovechó Tarija para mandar otra vez a la aldea a esos nivaclés que estaban por aquí. Ya estaban todos pelados (Lezcano, 22/08/08).

La desertión de los milicianos nivaclés es mencionada en varias fuentes²⁴⁴. Según la historia transcrita por Chase-Sardi (2003: 164), los bolivianos "armaron y equiparon a nuestros guerreros y les dieron buena comida. Cuando aprendieron a manejar bien las nuevas armas y se sintieron satisfechos, un día, se fueron al monte". Las desertiones tuvieron suficiente importancia como para que el Estado mayor boliviano ordenara que no se repartieran más armas ni uniformes entre los indígenas, mientras no se hubiese cultivado previamente en ellos un "sentimiento nacional" que a todas luces no era todavía lo suficientemente fuerte²⁴⁵. Por último, la prensa argentina y paraguaya no dejará de apuntar que estos "desertores indígenas" nutren las montoneras y malones que por ese entonces empiezan a hacerse sentir en la banda meridional del Pilcomayo.

Sea como fuere, está claro que, en la medida en que nos acercamos a la guerra y que la presión militar sobre los campamentos nivaclés se vuelve más intensa, el conjunto de préstamos, pactos y vecindades que

²⁴³ Arturo Hoyos: "El Proceso de usurpación boliviana en el Chaco" [memorias de Arturo Hoyos], *El Orden* (Asunción del Paraguay), 1932.

²⁴⁴ Chase-Sardi 2003: 164; Casabianca 2000, vol. 1: 230-235. Muchos recortes de prensa de la época mencionan a "indios desertores".

²⁴⁵ Telegrama dirigido por el Estado Mayor a la guarnición de Muñoz el 5 de diciembre de 1931, en Arze Quiroga 1951, tomo 1: 251-252.

había caracterizado en un primer momento la relación ejército-nivaclé va descomponiéndose. Las deserciones indígenas, y al centro de ella, rutilante, *la venganza de Tarija* que se prepara, son el signo más cierto de este proceso.

La venganza de Tarija

La secuencia que sigue es la de la ejecución de la venganza de Tarija. La condición necesaria, que ya había sido advertida por Santa Cruz, es que Tarija progrese en la jerarquía militar –ya mencionamos a Hoyos hablando de “*un sargento que era chulupí*”. El que aparece ahora como “Sargento Tarija” –o Tejerina en otras fuentes escritas– pasa a mandar un grupo de 10 a 20 soldados, encargados de hacer patrullas o multiplicar los caminos entre los fortines que se construyen: “*Le puso un cargo más alto a Tarija. Lo encargó para que recorra la zona de General Díaz con sus soldados. Se iban de Esteros, se quedaban una semana en la zona de General Díaz y después volvían nuevamente*” (Ceballos, 17/08/08).

Las secuencias de la ejecución de la venganza de Tarija están relatadas en diversas versiones, y de forma relativamente homogénea. En el primer movimiento de su venganza, Tarija parte con algunos hombres con el objetivo de inspeccionar las posiciones paraguayas al norte de General Díaz. Antes del chispazo de Pitiantuta en 1932, no eran raros los encuentros entre tropas paraguayas y bolivianas en la línea de fortines del Chaco Central. Dada la cercanía de los dos frentes, era común que las pequeñas patrullas se cruzaran, causando pequeños incidentes que muchas veces se resolvían rápida y localmente. “*No había pelea todos los días entre los paraguayos y los bolivianos, pero un día Tarija pensó llevar los soldados bolivianos hacia la zona donde estaban los paraguayos. En General Díaz habló con el Mayor y pidió orden para ir hasta allá, más a aquellos lados de General Díaz*” (Ceballos, 27/08/08).

Al norte, antes de llegar a Tinfunqué, Tarija y sus hombres encuentran una patrulla de cuatro soldados paraguayos que venían pescando en canoa. En ese momento, por instrucción de Tarija, la patrulla boliviana mata a tres soldados, dejando a uno vivo para que avise a su gente.

Tarija quería provocar la venganza paraguaya. Después de avisar de lo sucedido al fortín Muñoz, Tarija se adentra nuevamente hacia las posiciones paraguayas, para asegurarse del éxito de su estrategia:

Un día Tarija llevó a los soldados bolivianos al fortín paraguayo, más a aquellos lados de General Díaz, por la costa del río. Venían en canoa cuatro soldados paraguayos. Venían pescando mientras los diez soldados de Tarija estaban en la orilla del río. Cuando llegaron los soldados paraguayos en canoa, los bolivianos mataron a tres, dejando vivo a uno para que avise el jefe paraguayo. Mientras Tarija volvía a General Díaz, el soldado paraguayo seguramente avisó a su jefe. Llegando en General Díaz, Tarija habló con algunos nivaclés y les avisó para que dejen estos lados, que se vayan de la zona, porque acá va a haber guerra entre los paraguayos y los bolivianos (Ceballos, 17/08/08).

De modo que los paraguayos responden como previsto:

Entonces, seguramente ese soldado llegó a avisar sus jefes y al día siguiente ya eran muchos los paraguayos en ese fortín. Cuando llegó esa nueva gente en el fortín vacío, un grupo de soldados se fue más al norte. Se fueron por la costa del río y de ahí aparecieron cuervos y luego pillaron los muertos paraguayos. Después que encontraron los cuerpos, llegaron más soldados en ese fortín (Ceballos, 17/08/08).

Según relatan los narradores, Tarija multiplica las estratagemas para ir llevando, uno tras otro, a los soldados bolivianos hacia las posiciones paraguayas. Mientras les ordena que descansen y se repongan, él abandona invariablemente la escena, librándolos a las fuerzas paraguayas:

Tarija estaba en General Díaz y al día siguiente se fue otra vez en ese lugar. Llevó a otros diez soldados bolivianos. Cada vez que llegaba en un lugar, el Tarija decía: 'siéntense, descansen, pongan sus armas acá'. Tarija siempre decía eso para sus soldados y mientras sus hombres descansaban, comían con sus armas al lado, Tarija salía en el monte con su caballo. Y de ahí se iba, esperando la llegada de los soldados paraguayos. Los bolivianos eran siempre atacados mientras ellos estaban comiendo y descansando. Tarija siempre hacía lo mismo, en varias ocasiones. Siempre volvía al fortín boliviano y decía a su jefe que los paraguayos habían matado a todos sus hombres, pues eran muchos los paraguayos (Ceballos, 17/08/08).

Tarija brilla en el centro de una escena de actores múltiples y encontrados. Trata al mismo tiempo con la oficialidad boliviana, con los caciques y con los desertores nivaclés y, cuestión más tarde decisiva, con los militares paraguayos:

En una aldea nivaclé, Tarija se encontró con el teniente paraguayo, explicándole su plan. Habló con el teniente para llevar ahí a sus hombres. Él se iría con muchos hombres. La primera vez se fue con diez soldados, pero después llevó mas. La aldea donde Tarija habló con el teniente paraguayo se llamaba Vatséj (Ceballos, 27/08/08).

Al contactarse con los jefes paraguayos, Tarija firma secretamente su traición sin por tanto dejar de llevar soldados bolivianos a la muerte.

Llevó 20 soldados para aquellos lados y hasta tal parte se encontró con un teniente paraguayo. Mientras que los soldados paraguayos ya estaban preparados, listos para atacar, todos con sus armas. Mientras el teniente estaba hablando con Tarija, Tarija le dijo al teniente, 'yo le traje acá a estos soldados, hay que liquidarlos todos. Pero primero yo me voy y los soldados se quedan acá'. Y quedaron así el Tarija con el teniente, entonces cuando hablaron esto, Tarija le llamó a sus soldados y dijo que pongan aparte sus armas y que descansen. Entonces así lo hicieron los soldados de Tarija. Pero éste se fue, se fue donde su caballo y se fue. Al rato, ya se escuchaba el tiroteo, se los mató todos los bolivianos (Ceballos, 17/08/08).

Así pues, la "venganza de Tarija" se confunde en los relatos con "el inicio de la guerra del Chaco". O también, como afirmaba María Candia (Candia, 19/08/08), los paraguayos *son* la venganza nivaclé. Es cierto que estos elementos deben leerse al alero de la situación actual –los narradores viven en Paraguay y en un Paraguay aún furiosamente nacionalista–, y así como la colaboración nivaclé con el ejército boliviano es sistemáticamente atenuada en los relatos, su alianza con el ejército paraguayo es simétricamente valorada. Sea como fuere, la relación con el ejército boliviano y, más ampliamente, el desencadenamiento de la guerra del Chaco se explican por un encadenamiento de "venganzas" en el centro de las cuales, está la del *lhankumed* Tarija: un muchacho cautivo que, llegado a la adultez, decide recordar que en la zona, toda violencia es reversible y toma forma circular.

El fin de Tarija. Los desertores, los recortes de prensa y Tejerina

Existen versiones muy variadas sobre el fin de Tarija. Todas coinciden en señalar que el hombre nunca volvió con los suyos y se perdió por siempre en el infinito horizonte chaqueño. Algunos relatos señalan que Tarija debió escapar hacia la Argentina (Ceballos, 27/08/08); otros aseguran que le vieron, más tarde, como encargado en los ingenios azucareros de Salta. Según dicen, fue una mujer la que creyó reconocerle, y le habló en nivaclé, pidiéndole alguna ayuda, pero Tarija renegó de sí y no devolvió el saludo (Palacios, 17/09/09). Otros más aseguran que tuvieron noticias de Tarija. Dicen que el hombre conquistó un alto destino en La Paz. Algunos le soñaron como “presidente de los bolivianos” (Calderón, 17/08/08) y otros afirman que, no hace mucho, visitó la zona un “boliviano que era hijo de Tarija”, que llegó en jeep y con ostentaciones, y que tras inquirir sobre su linaje partió para no volver (Lezcano, 20/08/08). Sean cuales fuesen los destinos mitológicos de Tarija, todos concuerdan en señalar que su trámite concreto ocurrió en algún lugar lejano, sin más contacto ni relación con los grupos nivaclés desde entonces reducidos en las misiones católicas del Pilcomayo. De hecho, en algún sentido, la entrada y la vida en las misiones puede también leerse como esta larga ausencia de Tarija: cuando todos los nivaclés se habían vuelto *l'bankumed* de los curas oblatos, ¿para qué podía servir –en qué lugar debía vivir, qué posición podía ocupar– quien fuera el parangón de la relación al ejército boliviano? ¿Cómo haría el *sargento* para soportar que lo peluqueen los curas? ¿Mediante qué extraña suerte el cautivo emancipado debiera haber vuelto a someterse a esta segunda cautividad, más larga y pesada, que es la que caracteriza el trámite contemporáneo del mundo nivaclé? Adónde fue a dar Tarija? ¿Adónde, si no a un espacio libre o anónimo en el que ninguna de sus tantas lealtades le obligara el pulso? ¿Adónde, si no allí donde pudiera *ejercer* su libertad conquistada?

Tarija es la forma orgánica de una relación que se ha desmoronado. Él mismo es esta contradicción, forma normal de mediación que es también una forma de superación; es el engendro y el fin de un tipo de rela-

ción al mundo militar. Tras el “inicio de la guerra del Chaco”, que es también y como hemos visto la “venganza del cautivo”, el ejército boliviano abandona en desorden sus posiciones sobre el Pilcomayo, en una larga retirada que marca la segunda parte de la guerra. Si bien Tarija organizó un vínculo al ejército, su desertión “liberó” dicho vínculo:

Un día me fui a la pesca con mi padre, mi abuelo y otros nivaclés, íbamos por el cauce del río. A veces se iban los niños también. Justo ese día llegaron los bolivianos con sus ponchos y sus caramayolas. No venían armados porque estaban escapando. Los bolivianos llegaron ahí, justo donde solían cruzar para pescar los nivaclés. Ahí solían cruzar. Y los bolivianos saludaron a los nivaclés. Dijeron, ‘hola, qué tal amigos, queremos comer pescado’. Y los nivaclés los hicieron sentar, igual si fuera que no iban hacer nada. Pero, los nivaclés hablaron entre ellos. Ellos sabían que eran bolivianos los que escapaban y uno dijo a los otros para que preparen sus palos, para que les maten después [...] Los bolivianos estaban sentados, cansados, esperando el pescado para que les inviten los nivaclés. Cuando estaban unos ocho o nueve nivaclés, cortaran los palos. Los bolivianos eran cinco y estaban sentados. Al llegar cerca, con atropello y con sus garrotes, les pegaban uno acá y otro allá, y mataron a todos los bolivianos. Siempre son varios los nivaclés y hacían un círculo alrededor mientras los otros estaban sentados (Ceballos: 27/08/08).

Pero Tarija no es de la partida. Ejecutada su venganza, el hombre se libra *simultáneamente* de sus dos pertenencias. Es así que distintas informaciones de prensa de la época mencionan el paso masivo de “desertores” e “indios” desde el teatro de guerra hacia el territorio argentino. Según dicen, los “desertores e indios” son más de 2.000. Y vienen capitaneados por un tal Tarija —*“indio veterano incorporado hace muchos años a las filas de las fuerzas regulares bolivianas, entre las cuales está conceptualizado como un elemento disciplinado y de gran utilidad, por su conociendo del medio”*²⁴⁶.

El contenido de las informaciones varía mucho según el semanario. Así, en una primera noticia llegada de Formosa, Tarija se encuentra condu-

²⁴⁶ “Pasan más desertores bolivianos a territorio argentino”, *La Tribuna* (Asunción del Paraguay), 20 de junio de 1933.

ciendo a un grupo de 20 soldados bolivianos “*que habían pasado a este territorio al parecer con el objeto de perseguir a los indígenas que vinieron de Bolivia*”²⁴⁷. Al encontrarse con los guardias de frontera argentinos, son inmediatamente intimidados a entregar sus armas y “*conducidos al cuartel donde se hallan a la espera de órdenes superiores*”²⁴⁸. “La Tribuna” del 22/06/1933 va en la misma dirección al publicar que los indígenas bolivianos que pasaron a territorio argentino fueron todos desarmados sin manifestar ninguna resistencia, y al insistir que esos fugitivos venían “*capitaneados por Tarija*”²⁴⁹, llegando, ahora, a 3.000 personas armadas de fusiles bolivianos. El semanario de La Paz, “El Diario”, frente a la “*inverosímil versión*” de que un militar boliviano “*famoso por su actitud varonil en época y episodio suficientemente conocido*” esté por detrás de tal acto de traición, publica que tales acusaciones buscaban simplemente “*mortificar a Bolivia, y pretender difundir que miembros del ejército boliviano son los promotores y directores de las incursiones*”. Según el diario, todo “*cae por su propio peso, si se considera que Tejerina se encuentra actualmente en el frente, cumpliendo con su deber, y que los pocos chulupís que existen en el Chaco, siguen en sus habituales campamentos*”²⁵⁰.

Quizás Tarija comandó un malón de 2.000 desertores –“indios” y “bolivianos”– que cruzó bien pertrechado a territorio argentino. Quizás Tarija escapó con 20 soldados y se entregó al ejército argentino. Quizás, por último, se fundió en el monte y se dio a la fuga mientras fuera posible. Hay algo, sin embargo, en los archivos disponibles, que permite acotar su destino. Si bien las fuentes militares son unánimes en señalar que la guerra comenzó en 1932 con la toma de Pitiantuta, todas indican también como antecedente primordial al llamado “incidente Rojas Silva”

²⁴⁷ “Pasan más desertores bolivianos a territorio argentino”, *La Tribuna* (Asunción del Paraguay), 20 de junio de 1933.

²⁴⁸ *Ibid.*

²⁴⁹ “Llegan a 3.000 los desertores indígenas bolivianos que pasaron armados a territorio argentino”, *La Tribuna* (Asunción del Paraguay), 22 de junio de 1933.

²⁵⁰ “Dos mil chulupís armados cruzan el río Pilcomayo”, *El Diario* (La Paz), 16 de junio de 1933.

—primer mártir paraguayo caído en 1928, cuya muerte aceleró el despliegue militar paraguayo frente al dispositivo boliviano. Sobre la muerte de Rojas Silva hay variadas versiones militares. Todas coinciden en que el paraguayo fue víctima de un confuso incidente frente a una patrulla boliviana comandada por “*el sanguinario Sargento Tejerina*” (Samaniego Abente 1989). Así pues, las historias nivaclés que hacen de Tarija el detonador de la guerra, y de ésta una prolongación de su venganza, cobran súbita realidad. La guerra del Chaco, desde esta perspectiva, es la amplificación regional, el eco desmesurado, la resonancia chaqueña de una venganza más íntima. La danza del cautivo.